

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXV

San José, Costa Rica

1932

Sábado 6 de Agosto

Núm. 5

Año XIV. No. 597

SUMARIO

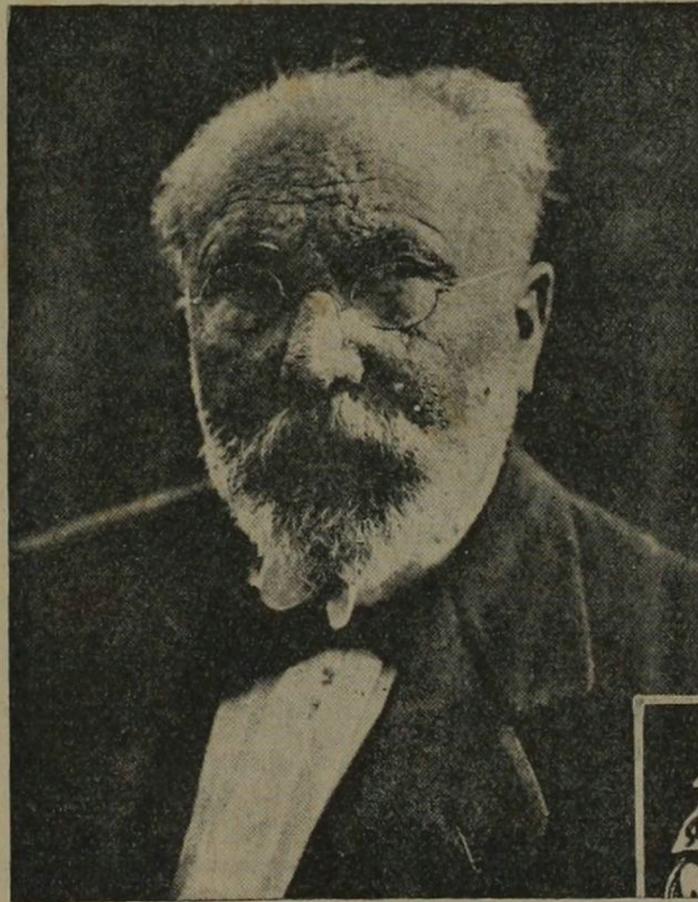
Almafuerte, león de Dios	Arturo Capdevila	El niño	Almafuerte
El fracaso de la conferencia del petróleo	Rómulo Betancourt	Los dos niños	Guillermo Valencia
Guillén y Ballagas	T. Castañeda Ledón	El poeta y el campesino	Emilio Souvestre
Canto negro y Negro bombón	Nicolás Guillén	Dios protege a los niños	Alberto Masferrer
De "La vida de San Adefesio"	Salomón de la Selva	Caudillos que se deshacen y bandos organizados para la co-	Juan del Camino
Tablero		dicia y el medro	
		Goethe y los hermanos Humboldt	

Almafuerte, león de Dios

= De La Prensa, Buenos Aires =

Y sucedió hacia el año XIV, *urbis conditae*, que apareció un león en La Plata, un genuino león de imponentes rugidos, el cual andaba en el noveno lustro de su edad. Y era su nombre Almafuerte. Y no se había visto nunca un león tan sabio y tan valiente, ni tan obedecido de los elementos. Rugía, y era el huracán. Pestañeaba, y era el relámpago. Callaba, y era casi una amenaza de Dios. Este león maldecía a los poderosos y daba testimonio por los pobres. Rugía santos, santísimos odios de su alma fiera; odios que eran sólo inmensos amores. Pues en viendo una llaga, luego se acercaba como para lamerla y acariciarla en el nombre del Señor, a quien pertenecía en definitiva este león de enseñanza. Era así un león del Señor, un hermano león, hermano de leche de San Francisco. Y tenía su cubil en La Plata, ya que Dios lo había destinado a los términos de aquella tierra nueva y llana, para que rugiendo mucho conjurase los peligros del horizonte y pusiese como un círculo de llamas en todo el contorno. Y había de caber en su voz, por especial concesión de los cielos, la adoración y la blasfemia, mas con tal arte concertadas que en tales plegarias imprecatorias se exacerbaba el ansia de los reinos de justicia y amor que un día se asentarán, y fuesen así como un consuelo fuerte para los oprimidos y los débiles. Y estaba patente, mucho, mucho, en todo esto la bondad infinita de Dios que se deja blasfemar para consuelo del hombre.

Ahora bien: este león fué como amurallando con sus terribles y santos rugidos el circuito de la ciudad. La gente, a decir verdad, entendía mucho más de rugidos que de palabras. Por consiguiente, aquel hombre hizo bien de elegirse un avatar de león. El día de la fundación de la ciudad llovieron demasiadas medallas conmemorativas sobre las muchedumbres. Había que olvidarse de aquella frívola lluvia. Como gotas de la real sangre del Cristo siempre vivo era lo que se debía derramar más bien sobre las cabezas para bautizarlas de amor. Así pensaba el león.



Pedro B. Palacios (Almafuerte)

Entretanto causaba espanto y terror. Los injustos se preguntaban: ¿Qué aquilón es éste? Y los mendigos se juntaban a los mendigos para anunciarse: Algo pasa. Y hasta se miraban los unos a los otros con un mirar muy extraño como imaginando para sus adentros: Nuestro reino está próximo.

A todo esto seguía rugiendo el león, y se oían, las noches y las noches, aquellos sus lamentos sobrehumanos contra el Mal y aun contra el Bien; aquellos sus pavorosos apóstrofes contra todos los dioses. Y por entre bosques de versos pasaba hipando el hálito del terror.

Además, este león, como aquellos leones de los poemas de Hugo, fuera de la ciencia de los tempestuosos versos, conocía multitud de artes humanas. Poseía un jardín, pequeñito, que él mismo cuidaba. Mueblecitos, también, que él

mismo había fabricado. Vivían a su vera dulces niños, que lejos de temerle, amábanle grandemente; porque este león era con ellos de una mansedumbre infinita. Con ellos, y con toda la columna de los menesterosos. Como que en su corazón moraba una estremecida paloma celestial, toda amores. ¿Acaso tenía puerta su cubil? Ni de día ni de noche. Faltaba el llamador y carecía de cerrojo. Se entraba, y cada uno se llevaba lo que bien quería: que era su grave pobreza una riqueza inexhausta. Otro carisma de la divina gracia. De esta suerte, siendo a la vez aquel varón de la Biblia un león y una paloma, corrían a su respecto unas y otras anécdotas. Anécdotas de león: cosas de zarpazos, de desgarramientos, de fieras justicias del páramo. Anécdotas de paloma: historias de arrullos, de trémolos, de increíbles compasiones del bosque.

Muchas veces las fieras de verdad —las selváticas, las dantescas—venían a husmear en su vecindad. Se daban citas para devorar aquella paloma que había en su corazón. Rondaban, husmeaban, olfateaban en la proximidad de su pecho; mas al primer movimiento de su guedeja, volvían grupas atemorizadas hacia las selvas y los desiertos sin ley. Y yo personalmente creo que esto se supo de fiera en fiera hasta en lo recóndito del Africa y del Indostán.

Decíamos que este león, cual si fuese el protagonista de un poema de Hugo, conocía multitud de artes humanas. Digamos ahora que también sabía dialogar y que su verbo ejemplarizaba a las gentes. Hombres y mujeres venían para dirigirle arduas preguntas que él satisfacía con evidencias de inspirado. Pero antes lo contemplaban largamente como queriendo llevarse para siempre su imagen. Y él se dejaba contemplar humanizándose totalmente siquiera por aquellos instantes. Picado de viruelas, como le sucedería a cualquier otro león que de pronto se hiciera hombre, su semblante avanzaba todo ojos hacia el prójimo. Y estos ojos eran pardos, chicuelos y tristes. Capaces de ser tristes hasta en la risa. Fina, esponjosa la melena lacia.

La nariz sin la menor malicia. Los bigotes abiertos como en dos alas que lo fuesen del ave de su buen consejo...

Llegaban hombres y mujeres a consultarle, aun de largas distancias. A menudo los propios versos le venían a los labios por respuesta, para aliento y ánimo de caídos y derrotados, como aquellos de uno de esos estoicos sonetos que él hubo de llamar medicinales:

Si te postras diez veces, te levantas
otras diez, otras cien, otras quinientas.
No han de ser tus caídas tan violentas
ni tampoco por ley han de ser tantas.

Y la gente se fortalecía con este vino de sus versos. Y seguían viniendo gentes de las muchas que creían en el poder de su verbo tan sabio. Y él no cesaba de ejemplarizar a las gentes porque creía más que todos en la verdad de su enseñanza.

Pero una vez se le oyó gemir, y le preguntaron:

—León, ¿por qué gimes?... ¿Qué es lo que te hace romper en gemidos?

Y él respondió con esta estrofa:

Gimo sobre la dulce, la blanca lumbre
que se ha trocado en roja niebla macabra.
Me llena de tristeza la muchedumbre
que olvidará el camino de mi palabra.

Así respondió el león.

Mas no dijo ni la mitad de sus yermas angustias. Negruras de Job solían apoderarse de su alma horriblemente sola y de su carne pavorosamente casta, mientras le cernía cenizas de desconsuelo y luto un cielo cruel en el desamparo donde tenía su guarida. Acudían a visitarlo entonces poetas jóvenes y muchachos soñadores como Elifaces, Baldades y Sofares que Dios le enviase para redargüir sus quebrantos. Entre él y ellos mediaba empero en ocasiones una inmensa edad geológica. Su extraño ser retrocedía milenariamente, y era entonces como si lo rodeasen de súbito fenomenales floras y fabulosas faunas. Y así debía de ser en la realidad misma absoluta de sus cosas; pues no siendo de esta manera ¿de dónde sacaba aquellas imágenes descomunales de sus versos?... ¿De dónde manaban sus inmensos dolores inmedicables?...

Por tales días se aglomeraban los nublados sobre su techumbre con negros, tenebrosos mensajes que él solo descifraba, y en noches de tormenta los relámpagos se abrían luminosos y tajantes como espadas de arcángeles sobre su cabeza. Entretanto el retumbo del trueno retumbaba para él solo versículos del Génesis en el verdadero idioma de la Creación. Pasaban los meteoros, y ahí se levantaba el león, idéntico gesto a gesto y voz a voz, a todos los profetas bíblicos, hermanos suyos, que fueron otros tantos leones de fiero y delirante rugido.

No de otro modo lo visitaban pensamientos enormes y puros, del propio linaje de los que enderezaba Jehová a los primeros descendientes de Adán en las primeras mañanas de la vida.

Y con esto, sabía cosas de ningún otro sabidas, como cuando dijo:

Ya sé que todo es viento, palabra vaga,
soñaciones, delirio, simple belleza;
que pasarán mil siglos antes que se haga
la sublime segunda naturaleza.

Y la gente se espantaba con el gran terror de sus oráculos.

No podía faltar, y no faltó, la terrible noche trasparente de estrellas, en que este león tan cristiano debió comparecer a juicio ante la tiniebla estrellada. Nadie invoca en vano un dolor que se sufre totalizado en nombre de la humanidad. Aquella noche, de pronto, con un terror religioso semejante al que sus voces despertaban, sintió la pesadumbre de los astros eternos, miró su luz glacial, se estremeció delante de sus jeroglíficos de fuego. Sintió el vértigo de su nada y del Todo. Bajó los ojos a tierra, anduvo a flojos, temblorosos pasos, y no viendo ya sino su sombra, que hubo de parecerle inconmensurable, sollozó espantado:

Negras son las cien fauces del Infierno;
negras las almas que al Infierno van;
negra la Eternidad... Negro y eterno
un minuto del mal.

¿Era tremenda la pesadumbre de los astros eternos! Entonces clamó:

Pesa la Cruz sobre Israel deicida;
pesa la Maldición sobre Satán;
pesa sobre Caín la primer vida...
¿Mi carga pesa más!

¿Te sirvió de algo alzar los ojos, león? Después, verdaderamente, los alzaste a los cielos; pero ¿cómo resonó tu bramido en la soledad infinita!

Brillan sobre la Noche las estrellas;
brillan como pupilas de rubí;
brillan desde el Principio todas ellas...
¿No me miran a mí!

Para él, en aquella sobrehumana noche iniciática, no había más que el gemir de las ramas hirsutas en la agria maraña. ¿Cómo era aquel gran gemir?

Gimen los gemebundos algarrobos;
gimen bajo la fusta de Aquilón;
gimen en las tienieblas como lobos...
¿No gimen como yo!

—Pero al cabo de la espantable noche iniciática, aquel león del Señor pudo ya mirarse faz a faz con el León celestial de las constelaciones. El uno valía el otro para siempre. Que una vez más a precio de compasivas lágrimas y a carismas de misericordia, como es arriba fué abajo...

Y la ciudad se llenaba del eco de sus palabras agoreras y del trueno de sus imprecaciones. Y cuando tus hijos oían aquellas cosas, Ciudad que yo amo, levantaban los ojos al cielo de la noche, y se aterraban no poco, porque creían ver en él signos apocalípticos y trémulas lenguas de fuego.

Después el Señor llamó al león a su lado. Corrieron años. Mas cumplido el tiempo justo, y al propio modo con que en el alba de los mitos se formaban santuarios y colegios de sacerdotes allí donde había habido alguna grande epifanía, o alguna demorada presencia divina, una congregación de adoradores del león asombroso empezó a trocar el cubil de los pasados oráculos en lugar muy santo de meditaciones.

Y ya es santuario el cubil.

Arturo Capdevila

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras "NATIONAL"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "BURROUGHS"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "ROYAL"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

El fracaso de la conferencia del petróleo

= Envío del autor =

Estamos habituados ya a ver fracasar los proyectos de ententes entre los grandes trusts capitalistas que gobiernan la economía mundial. Los preparativos de toda conferencia internacional—sea ésta para unificar a Europa, federar a los pueblos danubianos, desarmar a los Estados o “planificar” la explotación del petróleo—son contemplados por el hombre medio de todas partes con una irónica expectativa. El final se sospecha siempre. Si todo film de Hollywood termina fatalmente en boda, toda conferencia entre los magnates de la política, la banca o la industria,—tres entidades diferentes y una sola señoría: el capital financiero,—concluyen siempre en un nuevo y más agudo desacuerdo entre los conferenciantes. Por supuesto, que sólo en casos extremos, tal este reciente de Renaudel calificando de “asesinos” a los delegados del Duce, esos desacuerdos rebasan los límites de la *politesse*.

El más inmediato descalabro en ese propósito del capitalismo de conciliar, mediante inocuos “pactos de caballeros”, las íntimas contradicciones del sistema que están preparándole la ruina, lo tenemos en el rotundo fracaso de la conferencia del petróleo. Se reunió en estos mismos días, en la ciudad de Nueva York. Asistieron a ella directores y delegados de los pocos trusts que comparten el dominio de la riqueza petrolífera mundial. Los problemas confrontados por esas poderosas organizaciones son graves. Sobresaturados los mercados de aceite crudo y de sus derivados, no pueden absorber los “stocks” acumulados; y la concurrencia entre los competidores, ese insaciable afán por “vender más” que caracteriza al régimen capitalista de producción, ha llevado a los trusts petroleros a colocar sus productos por debajo del coste de extracción y transporte, envileciendo los precios, como dicen los profesores de Economía, no del todo desafectos a los poéticos simbolismos. Buscándole una solución capitalista a esa difícil coyuntura que confrontan, los magnates del “oro negro” acudieron, para cambiar impresiones, a orillas del Hudson. Después de numerosas entrevistas, después de escuchar meticulosos informes de técnicos, y de discutir larga y “rotariamente” alrededor de mesas bien servidas, concluyeron... no acordando nada. Cada quien regresó a su puesto de combate, a reiniciar la implacable guerra en todos los flancos contra los odiados competidores.

Mas, no es el fracaso mismo de la conferencia del petróleo lo que nos ha incitado a escribir estas cuartillas. Ya dejamos dicho como, a priori, puede predecirse que un más hondo desacuerdo es la consecuencia fatal de todo intento de los actuales amos del mundo para llegar a acuerdos. Lo que queremos destacar, porque tiene todo el valor de un síntoma para quien esté enterado de la política europea, es el hecho de que Sir Henry Deterning, Napoleón del Petróleo,

—Rockefeller es el Alejandro...— el internacionalmente respetado y temido capitán de la **Royal Dutch Shell**, haya accedido a discutir en esa conferencia fallida, y en un pie de igualdad, con los delegados del trust ruso de la nafta (**Asnefttrust**). ¡El, olímpico representante de la más intransigente “honradez” burguesa, aviniéndose a sentarse, en una conferencia de mesa redonda, al lado de los representantes del “país ladrón de petróleo”, como siempre llamó a la Unión Soviética!

Sir Henry Wilhelm Augustus Deterning, “baronet” inglés, niño mimado del Rey Jorge, tutor más que súbdito de la Reina Guillermina, hombre que con el sombrero calado hasta las orejas, y sin anunciarse, saltó del gabinete de trabajo de Herriot al de Bruening, ha adquirido esa preponderancia mundial desde los reductos de la **Royal Dutch**, que se disputa con la **Standard Oil** yanqui, la de Rockefeller, la hegemonía ecuménica del petróleo. La revolución social de 1917, en Rusia, al nacionalizar las riquezas del país “despojó” a Sir Henry de sus ricos yacimientos en Bakú. También fueron expropiados los concesionarios ingleses, franceses, yanquis. El Napoleón del aceite echó sus cálculos, sopesó sus influencias en las cancillerías de Europa y no vaciló en concentrar en sus manos las acciones depreciadas de casi todas las compañías operantes en la zona hullera nacionalizada por el Soviet. Y se constituyó, desde ese momento, en el más poderoso y decidido enemigo del régimen ruso.

En una “Carta abierta a Sir Henry Deterning”, publicada por el dirigente soviético Carlos Radek a mediados de 1931, se puede hallar un curioso repertorio de profecías del magnate petrolero sobre la Unión Soviética. Con acentos de apocalipsis ha venido profetizando el colapso ruso. “Dentro de dos años”, “dentro de seis meses”, “mañana quizás”, iba a desaparecer del mapa político el régimen de los “ladrones de petróleo”. Y para hacer buenas sus predicciones, ha alimentado con sus cheques y con sus influencias poderosas la lucha del mundo capitalista contra Rusia. Dineros suyos financiaron las empresas militares de los contrarrevolucionarios Denikin y Kolchac. Fué él el principal fautor de la política de bloqueo que adoptó la Entente frente al Estado bolchevique. La presión suya

determinó a la policía inglesa a realizar el conocido “raid” a la Casa Arcos, primer paso hacia la posterior ruptura de relaciones entre Inglaterra y la U. R. S. S. Academias militares de los rusos blancos emigrados se nutren de su liberal apoyo. Parece cosa comprobada que Gorguloff, asesino de Doumer, cobró un cheque de Sir Henry por cuarenta mil francos en los días anteriores a su atentado, suma ésa destinada al sostenimiento del grupo de ex-zaristas que jefeaba el demente a quien están guillotinando en Francia. Hasta el mismo Hitler, según denuncia reciente del “Morning Post” reproducida profundamente por la prensa de izquierda alemana, ha recibido subvenciones de este hombre dispendioso, que no regatea dólares más o dólares menos para la realización de su vasto y ambicioso proyecto; el de recuperar los perdidos privilegios de sus acciones sobre el petróleo ruso.

Entonces, ¿cómo explicarse esa actitud suya de acceder ahora a discutir, de quién a quién, con los delegados del trust ruso de la nafta? La razón de ese cambio de frente podría hallarse en una documentada información que publica Arthur Lafon en un número reciente de “Monde”, la revista de Henri Barbusse. Se titula ese artículo “L’Agonie de la Royal-Dutch” y en él se pone al desnudo la verdadera situación financiera del gran trust. Esa situación es catastrófica. Bastan los siguientes datos aritméticos para demostrarlo: en 1919, el capital emitido por la **Royal**, en florines, moneda holandesa, era de doscientos cuarenta y tres millones (números redondos), y el dividendo repartido fué del 45%; y en 1931, el capital más que duplicado,—quinientos cinco millones,—apenas ha reportado una utilidad de 6%. Este descenso vertiginoso en el índice de utilidades, tiene una explicación doble: la crisis industrial, que deja sin aplicaciones a enormes “stocks” de petróleo, y la victoriosa competencia que le está haciendo el trust ruso de la nafta. La derrota de Sir Henry, en uno de sus aspectos, la resume así el articulista citado: “Toda la cuenca del Mediterráneo se le escapa poco a poco. Italia, España, se aprovisionan en Bakú. En Francia, las importaciones aumentan de 30 a 40% a cada renovación de contrato y la marina de Estado va a buscar al Cáucaso los dos tercios de su combustible”.

Y por eso, el olímpico Sir Henry, abandonando su ciudadela de intransigencia, ha descendido al llano, a suplicarle una tregua, a mendigarle un cuarto de hora de respiro, a los “ladrones de petróleo”. El pobre Napoleón contemporáneo, convertido en un estratega de opereta, ha reconocido tácitamente con su actitud de hoy que una economía enarquizada, como lo es la capitalista, no puede medir sus armas con la que responde a un plan y a una dirección.

Rómulo Betancourt

San José, Costa Rica, julio de 1932.

OCTAVIO JIMENEZ A.

Abogado y Notario

OFICINA:

125 varas al Este del Almacén Robert, frente a Reimers.

Tel. 4184 — Apdo. 338

ESCAQUES CRIOLLOS

Guillén y Ballagas

= Envío del autor =

Entre las hojas del calendario festivo y gozoso nos ha dado hace poco Nicolás Guillén el tizne mágico y el ritmo sincopado de su **Sóngoro Cosongo**. Y Guillén ha vencido no por la moda folklórica de sus cantos, sino por el modo adamita de enajenarlos en cada espíritu y de purificarlos en cada sangre ávida. Film sonoro este de Guillén prendido a la cintura y la retina con el vaho espeso y caldeado de los sonos, en la hora cordial y generosa. Film sonoro. Imagen y ensueño. Música y vigilia.—Distintamente.—Pero todo en granazón de madurez, realizado y hecho a contrapelo del tipismo y de la norma. Decapitado el tópico—los tópicos—, Guillén adivinó su entraña y la palpó. Vió en lo popular una jerarquía; en lo negro una estirpe; y en lo blanco, una conquista. Fué derecho a los resortes vitales y los disparó sin miedo. Y mientras la crítica aplaude, el público le pide nuevos sudores en el rostro y nuevos arañazos en la espalda. Le pide parranda y ajeteo, bronca y encerrona. Y Guillén se los da manirroto y santero. Como se ha limpiado con su musa por dentro y por fuera, puede disponer en cualquier momento de un mulato racimo de versos en el pelo lacio. Pero la voluntad en Guillén de ser así—mulato—más que causa es efecto, más que decisión es acatamiento. El nace y renace mestizo en la plenitud de su origen, sin esa provocada pendulación racial que sería funesta en el arte. Sobre todo en la poesía, para la cual no hay ni debe haber más que la propia provocación de su sorpresa sin otras—previas—sorpresa móviles.

Porque la poesía es sólo esto: sorpresa de ser y de saber que se es. El poeta se inaugura y comprueba a sí mismo en cada cosa y le adviene el pasmo de sentirse siempre como víspera u ocaso del cosmos, en su cosmos poético. Cada hombre tiene ante la vida una actitud individual, incanjeable o transitoria. Se vive y se siente la vida a medida que esta actitud se torna más exclusiva y egregia; o a medida que esta actitud hierve y se diluye en otras pequeñas, pero unánimes actitudes ajenas. La vida—la poesía—oscila entre estos polos: sorpresa del mundo en el poeta o sorpresa del poeta en el mundo. En uno y otro caso se hace el lirismo ley de gravedad. Y la vida cae sobre el espíritu sazónada siempre de comienzos vírgenes, sorprendida de verse como espejo allí donde era ya ritmo completo y definido de las cosas. (Y alucinada de anteceder con este ritmo las luces y las sombras de su génesis). En rigor el poeta no aspira a descifrar conflictos, sino a enardecerlos y crearlos—siembra y riego de inquietud—en las plantaciones íntimas, desnudas; y más se afirma en las verdades—bellezas—eternas cuanto más acierta en revelarse él o revelar su obra como muestra y resumen de tales verdades. La vida, al planteárselas, desriza su

primer sorpresa de preguntas. Y si hay gargantas que respondan, es que por ellas habla la poesía. Es decir, la viva sorpresa de la datación y del hallazgo.

Ante el hecho poético de Guillén, yo admiro sobre todo su firme crispatura humana y la piedad de aturdir una ríspida impotencia colectiva con embriaguez de tumbos ancestrales. La angustia de sus cantos es el grito más hondo de los gritos cubanos. Estremécese en ellos la tragedia del hombre que no lucha a pecho descubierto, predestinado a renunciar en el deseo y a saberse en éste, sin embargo, razón única de ser. No importa el tono humanista y risueño de Guillén. Hay en sus poemas tristeza sangrante y decisiva, vena de asolación y de dolor. Cuando el poeta toca este nivel es necesario requisar todos los paralelos y meridianos del globo y demoler la férrea diferenciación de los climas. Para los genuinos acentos humanos la geografía no existe, ni la historia. Y lo que parece límite unitario de nuestra conciencia, sirve más bien para conducirnos—secuestro y donación de vida—a la ilimitada conciencia universal. En última instancia, debemos decir que no es otra la misión del poeta: llegar al hombre—a los hombres—por lo que hay de él en los demás. Pero esto lo hace Guillén—y he aquí el peligro para su poesía—con demasiado amor al camino inmediato y cierto afán proselitista—indefinido aun—de movilizar todas las incorpóreas reservas de su grupo y tenerlas en épico jaque defensivo de reacción interior (disimulada). Y el poeta pierde lo que gana con esto el misionero. O el agitador. Muchos nombres proletarios y burqueses ofrecen a toda luz un ejemplo. Y en América Langston Hughes ya lo

es. Guillén no debe serlo. Va en ello su horizonte integral, su redonda perspectiva de avionauta.

Lo negro es todavía lo primitivo y lo común. Nos pertenece a todos y en todos aparece por primera vez. Pero a la intemperie del rubor el negro ha comenzado a mutilar su inocencia y su barbarie. La civilización ha venido a rozarle de complejidades el espíritu, y ya se siente blanco—cenizo—en ocasiones. Es el proceso de su raza dentro de las razas hostiles. Lograda la difícil fusión se busca la igualdad. El negro vestaliza ahora sus fogaratas de justicia y no vacila en traicionar sus dioses y su piel. Decidido a purificarse se descolora y expira. Se hace sombra blanca, arbitrio fallido, espectro de superación. Plebeyo y gregario el negro no se ajusta empero al engranaje de las minorías. Existe como masa, no como individuo, como masa pura sin divisiones ni castas. Esa tentativa de Guillén de incorporarlo a las masas jerarquizadas, con preocupaciones de poder, es error de óptica y de contenido. El negro se comunizó en la selva y ha comunizado entre nosotros hasta la vida sexual, de donde, por otro lado ha de partir para lo político la verdadera comunización humana. Fomentar en el negro, por tanto, la ambiciosa y engréida actitud multitudinaria en que se agrupan los blancos de ayer y de hoy, nos lleva a sospechar en Guillén, una pareja postura interior. Mas Guillén no concede validez ni lealtad a lo negro colectivo propiamente dicho, sino a lo que esto le rinde de especificaciones típicas, vitales. Le place cultivar en ella la primera burguesía del negro contra su comunismo de la jungla. Por exceso involucionario de amplitud y rebelión Guillén acabará en socializar su arte. Hará de su poesía un capitalismo de dolencias y emociones, pero a expensas de ella misma, a costa de su oscura dolencia totalista. Por no tener en lo postrero noción de sacrificio ni vocación para el desorden, Guillén no es un intérprete representativo de su raza. A lo más un signo asimilado pero incompleto y caedizo. ¡Larva de fascismo, en lo negro!

No es posible al poeta determinarse una sola trayectoria lírica en sus vuelos o ascensiones. El es lo que es; pero también lo que ha de ser. Trazarse una ruta no es caminarla a la aventura, sino confinarla ya de antemano en la pausa o la prisa jadeantes. El poeta no se debe a una meta, sino a su ausencia de metas, a su jornada de luz sin destino, a su eterno mirar en el viento. Una vez emprendido el camino, éste ha de llevar al poeta a otros caminos sucesivos, atónitos, incoherentes, en los cuales vale más y palpita con vida más fuerte la fuga implacable, a que se llega para el gozo de dejarla, que la desnudez humana a que no se quiere llegar, por el temor de encubrir y retenerla. Hay que perderse y extraviarse en los rumbos, como el niño.

Canto negro

A Carcía Caturla, músico.

*Yambambó, yambambé.**Repica el congo solongo,
repica el negro bien negro:
congo solongo del Songo
baila yambó sobre un pie.**Mamatomba
serembe cuserembá.**El negro canta y se ajuma,
el negro se ajuma y canta,
el negro canta y se va.**Acuememe serembó,
aé;
Yambó,
aé.**Tamba, tamba, tamba, tamba,
tamba del negro que tumba;
tumba del negro, caramba,
caramba, que el negro tumba:
yamba, yambó, yambambé.***Nicolás Guillén**

A la postre, la poesía es niñez, metáfora infantil, vocativo primario, elemental asombro de conjugaciones. Para expresarla es obvio dejar que ella misma diga en su palabra su pasión de ser, sin definirse ni explicarse, sin salida ni llegada: tránsito sólo de celestes bautismos a celestes herejías, con los ojos cerrados de gracia y las manos extendidas y abiertas a lo intacto. Reprimir este tránsito, insistir en él o fijárselo el poeta para realizarse, a discreción, cierra las puertas del mundo a esa niñez plenaria hiriéndola de muerte, en lo porvenir de las sorpresas.

Este riesgo, que amenaza a la poesía de Guillén, no amenaza en cambio a la poesía de Emilio Ballagas (*Júbilo y Fuga*, poemas, 1931-1932). En éste es más amplio el ángulo de asomo y más dilatada la esencial proyección:

Pero... no, no no,
no quiero jícara blanca ni negra.
Sino su nombre tan solo
—sabor de aire y de río—

Estamos ahora frente a una poesía de trazos geométricos, hegelianos, metafísicos. Poesía apasionada de la multiplicidad unitiva y extendida sobre el mundo como solución—o disolución—de áureo repliegue caviloso. Ballagas no alcanza todavía la exactitud impasible y desasida que se granjea el poeta cuando traspone, dueño y señor de su carne, los límites terrenos; pero va superando ya todas las ansias y fabricándose, con el exuvio místico, la nueva lección de los sentidos, muerto el recuerdo del hombre en la memoria del adolescente. Poeta de grandes síntesis, de ecuménicas uniones, Ballagas pugna contra cada una posición del espíritu. Sabe que todas ellas, en definitiva son herméticas, unas a otras; que el poeta juega siempre a silencio con la esfinge, y nada nos resuelve en lo objetivo. Pero esto—el no resolvernos nada—es una manera en él de olvidarlo y descubrirlo todo y de ser en sí mismo lo que todo es en nosotros:

Ahora por no querer y no saber lo que quiero lo quiero todo... Qué júbilo.
Qué beato ahogarse en tu oleaje.
Soy como un niño que estrena
la pura emoción del Quiero.

Dice Juan Marinello en la *Inicial Angélica* del libro de Ballagas, que nuestra lírica de hoy es lucha del ángel con el hombre, para redimirnos y salvarnos en la vida y en el arte. Y dice bien. La poesía de Ballagas es sutilísima escala de Jacob tendida hacia la realidad absoluta—imaginista—del paraíso y del infierno, donde los nuncios tutelares—diestros y siniestros—confunden en su vuelo el júbilo de hallar y la tristeza de perder, el ímpetu del salto y la pesadez de la caída, el castigo de ser lo que todavía no se es y el premio de no ser lo que se pudo haber sido. Sí; escala de Jacob hacia arriba y hacia abajo, identificando ambos deliciosos abismos en fugitiva atracción inasible y coincidencia alógica de extremos. Poesía impalpable y transparente,

encalada en lo real de cada uno y aprehendida siempre en lo exterior, como rescate de la conciencia y de la vida. Hélice sin aspas, hangar sin espacio. Raid de líneas y alas universas que corporiza en palabras, al garete, la afasia aérea de los vuelos. Porque los ángeles nuestros—por lo menos, estos de Ballagas—son ángeles visibles a la luz del entusiasmo y la creencia y si no hablan a voces, criaturas sin cuerpo, transmiten el rumbo y la voluntad de su silencio a los impuros rumores del hombre. Y es inútil esconderse o eludirlos. Ellos clavan su espíritu en esos rumores y adquieren entonces una representación vital, sin apariencia, sin fisonomía, que es arcilla y levadura del arte. Y el arte se afirma de raíz al cristalizar, en aspiración de parecido, este mítico prisma de vivencias, alejado de todos los signos y evadido de todos los saberes.

La poesía de Ballagas abre un proceso, concluye un inicio. Como lleva además la claridad consigo, propónese actuar en el misterio y volcarse sobre el azoro de las cosas, a mansalva. Al poeta le tienen sin cuidado las leyes naturales y no desperdicia la ocasión de deshacerlas o negarlas. Trabaja con materiales autónomos y su faena es una serie de excepciones repujadas en la mañana del mundo. Ballagas madruga cada día. Y amanece con los párpados cargados de sueños y visiones prospectivas. De ahí, a veces la palabra insomne, el bostezo desollado, el onírico acecho de la noche, el apagado mirar sin objeto. Frente a las rendidas solicitudes del tiempo y del espacio, Ballagas persigue la esquividad de otras dimensiones difíciles y urgentes. Atmósfera de rasas soledades, quiere envolver fuera del orbe, todas las ausencias luminosas y darnos con éstas una flora y una fauna sin origen, sin historia, decididamente acrónicas e inespaciales. En la imposibilidad de sostener su vida, invariable, sobre el mundo, Ballagas hace de su espíritu mundo aparte, corrosivo, propio, diferente. Y no

Negro bembón

*¿Po qué te pone tan brabo
cuando te disen negro bembón,
si tiene la boca santa
negro bembón?*

*Bembón así como ere
tiene de tó;
Caridá te mantiene,
te lo da tó.*

*Te queja entodavía,
negro bembón;
sin pega y con harina,
negro bembón;
majagua de drí blanco,
negro bembón;
sapato de do tono,
negro bembón...*

*Bembón así como ere
tiene de tó;
Caridá te mantiene,
te lo da tó.*

Nicolás Guillén

sabemos si los paisajes que nos brinda están en el poeta o en nosotros. Nos habituamos a tenerlos y sentirlos, más hábiles en el enigma de intuir que en la prueba de analizar y absolver. Pero los hacemos nuestros y bebemos sus jugos nutricios, a cambio de nuevos sentidos y nuevos rubores. Rubores y sentidos del hombre ante el misterio de la poesía desnuda. (Químicamente pura. Sin laboratorio).

Ya en este su primer libro, Ballagas se orienta hacia las vívidas curvas de una poesía definitiva, exacta de temas y contornos. Mas aún: su poesía parece haber abandonado ya los viajes de tanteo y estar de vuelta, en ella misma. De regreso a sus planos. Viajera de egoísmo y escarmiento. Ha marcado los hitos cardinales del arte en cada correría y echado sus raíces—su razón poética—en cada estímulo exterior. Se va reconociendo en cada gesto, distinta de los gestos que la influyen y perfilan. Renovada, individual, diversa de reacciones.

Pero ¿ha debido Ballagas subsumirse también en la realidad cubana y apresarse en sus versos el trágico espeluzno de la hora? ¿Es oportuna esa fuga del poeta hacia el júbilo lejano y extraño? Sólo él podría contestarnos. O mejor: nos ha contestado ya. Por él resbala la dictadura machadista sin dejar encarcelados en el ultraje sus poemas. Y a pesar de la distancia entre Ballagas y las masas, éstas gravitan sobre la prisión de aquél. Como todo lírico selecto es en el fondo un agitador. Un prisionero de sus propias evasiones. Y éstas nos señalan en él al hombre que conspira y que protesta con voces inauditas, viscerales, eufóricas.

Tanto Guillén como Ballagas se mueven en la técnica entre formas regulares. Este, con más nitidez; aquél, con más desenfado. La estructuración de los poemas obedece en ambos a la libre plenitud del verso. Del verso en sí y por sí. Aislado. Impar. Absoluto. Sin conexiones siamesas ni mellizos contactos. Impecable, diáfana unidad del ritmo. Cada cual, desde luego, a su modo. Guillén afilando los guijos dialectales; Ballagas recurriendo a los módulos perfectos. Los dos en lo mismo, y a distancia: para que el poema rebose en todas sus partes de zumos oleosos y lubrique en los goznes ordinales del libro el paso a otros poemas. Paso sin ruido. Hacia el sistema total de los senos líricos, donde cada verso colme su máximo destino inaparente.

Pero a Guillén y Ballagas los separa la vida. Y el arte. Entre ellos se extiende su propio desacuerdo, como el camino más corto para vencer un paralelo. Quedémonos, pues, con lo mejor de cada uno: con la diferencia fortalecida y superada.

En el escudo lírico de Cuba son ellos los escaques más nuevos. Y las casillas más adversas.

T. Castañeda Ledón

La Habana, 1952.

De "La vida de San Adefesio"

= Colaboración directa =

Aquí comienza la vida de San Adefesio, que compuso en México, en el año 1926 de Nuestro Señor, don Salomón de la Selva, cuando todavía amaba a su Nicaragua natal. Y principia así:

Quien tenga triste el corazón
véngame a oír esta canción:
Aquí está el alma de León,
vieja ciudad.

Aquí está dicha la tristeza
de un pueblo hundido en la pobreza,
pero gentil con gentileza
de caridad.

El tiempo de hoy y el tiempo ido
polluelos son del mismo nido,
y hacen un solo alegre ruido
ayer y hoy.

Oigan, señores, mi cantar:
Yo canto, y paso, y voy al mar:
En mi León quisiera estar:
¡Allá me voy!

Y aquí se dice, se cuenta, se relata:

Infinita es, señores, la misericordia del Creador. ¡Alabemos Su santo nombre! Que si nos puso en sitio de tristeza, digo en el siglo, nos dio a ratos alegría, la que cae, cándida, de la luna, la que surge, hecha algazara, del mar. Y esta otra alegría que yo quiero decir.

En el trópico, ¿qué es más triste que un anochecer? Grita el alcaraván casero: Se quejan, como niños malcriados que lloran por terquedad, las gallinas de guinea: A veces parecen voces de ánimas en pena: En las casas donde no se ha tenido cuidado de cerrarlas, puertas y ventanas dejan entrar murciélagos, figuras del demonio: Chillando revuelan, ensucian las ropas de cama con suciedad que deja mancha, con largas varas se les ahuyenta, y cuando ya se han ido han agriado el espíritu de sobra: Truenan alteradas razones en el aire y las recriminaciones crepitan en los labios como leña vercosa en fuego fuerte.

La luz eléctrica, que da servicio sólo de seis a seis, durante la noche, no ha llegado. El anochecer se adelantó. Deja la madre la costura y el zurcido: Más zurcido siempre que costura. Dejan los jóvenes el libro: Ya no se puede ver. Quien desde el fondo de un cuarto miró afuera, vio el patio en luz azul, y salió a ver el milagro y el milagro se deshizo en cuanto hubo salido. Todos piensan: ¿Qué pasará en la planta?

Lentamente, cansadamente, con fragor de terremoto, pasa, sobre el antiguo empedrado de la calle, que las lluvias aflojaron, un coche de alquiler que va al establo. Tiran de él dos miserables caballos de esos que sólo se ven donde se habla español, lo mismo en este oficio que en el de llevar picadores de corridas de toros. ¿Qué triste, qué triste que es todo esto! Pero dé pronto la luz llega.

Los chavalos que juegan en la calle a la revolución, riñendo, gritando, arrojándose piedras, al llegar la luz humani-

zan su voz y gritan alegres: ¡Ya llegó la luz! Son las seis en punto. Con la llegada de la luz a un mismo tiempo han comenzado a tocar todas las campanas, las de la Catedral, las de la Merced, las de San Felipe, las de San Sebastián, las de Zaragoza, las de San Juan, las del Laborío, las de Guadalupe, las de la Recolectión, las de San Juan de Dios, las distantes de la parroquia de Subtiava. Las campanas dicen que el Angel del Señor anunció a María. La costumbre antigua es de saludarse. Los hijos corren a que la madre los bendiga. La bendición deja limpio al mundo y en el ruido de campanas la tristeza se cambia máscara y sonríe.

Las gentes se sientan a sus puertas a formar tertulias. Obstruyen el paso. Los transeuntes tienen que bajarse al arroyo. La larga calle se pone aire de fiesta. En León todas las calles son largas. Fiesta es bulla: Suena un piano: Más allá tocan una victrola: A menos de media cuadra algún regocijado espíritu ha dicho buen chiste: Las chicas de esa casa ríen y en el aire espeso y vibrante sus risas son de oro. O como si las campanas siguiesen repicando.

Es la hora alegre. Es la hora más alegre del santo día. Los que pasan saludan con cariño. Son, los más, jóvenes. Decir joven es decir enamorado: Van a pasarle a la novia: Ellas saben que ellos pasarán, y se han vestido en sus sencillos trajes de guinda, de organdí, de holán fino, de taminos que parecen nube, y se han empolvado. Unas visten de blanco, unas de azul, unas de rosado, unas de verde, unas de oro. Todas parecen flores. Respiran olor de ilusión. En sillas mecedoras se mecen, arrullando un mismo ensueño todas. El ensueño huele a azahar. Las más chicas, las quinceañeras, corren de puerta a puerta sobre las aceras, o cruzan la calle. Es extraordinario que rara vez caigan. Llevan recados de las hermanas mayores: "Que dice la Virginia que si vanir al cine, que pasen por ella". "Que dice la Lola que si quieren ir con ella a la retreta". Como las mayores parecen rosales o jazmineros en flor, o tiestos de jacintos o espumosos árboles de reseda, estas pequeñas parecen pájaros. Las mamás, en cambio, son como fuentes coloniales, cantera tallada, que el tiempo ha gastado. Aun brota de ellas, callada y mansa, la bondad. Y he aquí, señores, cómo, después del día de calor insoportable, cuando ya la vida parecía invivible, al anochecer repleto de dolor, todo se ha vuelto amable. Sopla un vientecillo fresco. Y la larga calle,—en León todas las calles son largas,—donde no hay un árbol, se ha convertido en jardín florido, con pájaros, con fuentes.

Ahora se canta:

Cayó la noche de repente
sobre la angustia de la gente
y sobre aquel calor ardiente,
¡pesada cruz!

Me pareció viuda la vida,
desesperada y desvalida.
Como criatura que es nacida
grité a la luz.

Como quien, muerto y bajo tierra,
vence al gusano en esa guerra,
rompe la tumba que lo encierra,
vuelve a vivir:

Así sentí que renacía:
Alegre todo lo veía:
Este milagro de alegría
quiero decir.

Aquí se dice, se cuenta, se relata:

Pero en las afueras, adonde la luz eléctrica no llega porque no hay allí quien pueda con semejante gasto, tanta es la pobreza, ¡y esa luz es tan cara!, la tristeza no acaba nunca.

Más que tristeza lo que allí reina es desesperación. Desesperación vieja, desesperación seca, desesperación que se hace polvo. Allí las calles ya no son empedradas, ni hay aceras, y quien va por allí se hunde, en tierra menudita, hasta el ojo del pie. Allí los hombres, al anochecer, parecen monstruos, ¡pobres hombres!, agrandados por la oscuridad que todo lo deforma. Las cabañas de paredes de caña con techos de palma, adquieren siluetas raras de demonios gigantes agazapados en quién sabe qué rito del infierno. Bordan la calle cercos de piñuela, cercos de cardón. Uno, cinco, diez, cien perros ladran, ladran, ladran: Son espantosos sus ladridos: No dejan de ladrar toda la noche. ¡Pobres perros!

Allá abajo, sin ruido, casi estancado en una ancha hondonada, corre el río Chiquito. Zumban en su alrededor los zancudos prediciendo los escalofríos de la fiebre malaria. Los jejenes forman rumorosa nube. Los sapos cantan.

Por allí hay un charco. Para acacito el charco se hace lodazal. Más acá aún, al borde del lodazal, donde la pendiente que va al río es un poco elevada, está una mísera cabaña, la más pobre que jamás se vio. A pocos pasos de ella, río abajo, hay un árbol que fue frondoso y que todavía es alto. Ahora no tiene hoja ninguna, no tiene rama delicada que se vea contra el cielo como trazada a pluma: Todo él es tosco, grueso. El árbol está perfectamente blanco. En el lodazal vive una chancha. En la cabaña, que es la más pobre del mundo, habita una pobre mujer sola. En el árbol, todo perfectamente blanco y sin hojas, duermen los zopilotes. La chancha es de la pobre mujer de la cabaña miserable. Los zopilotes son de Dios. La pobre mujer también es de Dios.—Señores, ¿de quién iba a ser?

En la noche, en la larga desesperación de la noche, ¿qué habrá asustado a los zopilotes para hacerlos revolotear graznando? ¿Qué ha asustado a la chancha que, inquieta, se ha puesto a gruñir? ¡Virgen de las Mercedes, patrona de León!, ¿qué ha ocurrido en la cabañuela

miserable que la pobre mujer ha lanzado un grito penetrante?

He aquí que Dios ha dado un santo al trópico. Un santo acaba de nacer, para gloria del Padre, para gloria del Hijo, para gloria del Espíritu Santo! Amén.

Los hijos de los reyes nacen en camas de oro, entre sábanas pesadas de damasco, y cuando nacen, las damas que asisten a la reina se lo dicen a los chambelanes y a los embajadores que esperan, con todas sus condecoraciones, contándose chistes en los corredores de palacio: Y los chambelanes se lo dicen a los capitanes que están al frente de las tropas alineadas en el enorme patio: Y los capitanes dan sus órdenes con voces de bronce: Los clarines suenan, los hermosos caballos esbeltos se encabritan y caracolean, los artilleros disparan salvadas de sus cañones, las bandas tocan, las campanas repican, el pueblo danza en las calles con regocijo de borregos cordiales, los cardenales, los arzobispos y los obispos visten capas imponentes, se enguantan las manos, se ajustan mitras deslumbrantes que canónigos ponen sobre sus cabezas, toman sus báculos y seguidos del alto y bajo clero hacen procesión a Catedral a cantar *Te Deum*. ¡Y cuántas veces el príncipe que ha nacido será, al crecer, déspota que exprimirá la sangre de su pueblo!

Los hijos de los ricos nacen en importadas camas de latón, entre sábanas de lino,—traídas, naturalmente, del extranjero,—con acompañamiento de médicos, de parteras y de parientes pobres. Y cuando ha nacido la criatura, circulan tarjetas con tarjetitas, en celeste y en rosa, y los periódicos dicen la noticia con enhorabuenas para nuestros estimados amigos los distinguidos papás. Hay procesión de visitas. Se brinda con coñac. ¡Y cuántas veces ese niño, ya crecido, no es sino un bribón como tantos!

Cuando nace un santo, en cambio, sólo el cielo lo sabe. Sólo el cielo y los inocentes animales brutos que, dondequiera que estén, están cerca del cielo, lo mismo los zopilotes en León que, cuando nació Jesús, la mulita y el buey en el establo de Belén.

Salomón de la Selva

Tablero

= 1932 =

PX Deone

Panamá, 17 July, 24 1932, 3. 55 p. m.

Lic. García Monge,
San José, C. R.

Corte Marcial Lima pretende fusilar Haya. Urge dirijase Gobierno denunciando prensa crimen.

Sánchez

GJR/SBL

ACTITUD EJEMPLAR DEL CONGRESO DE COSTA RICA

Presidente del Senado,
Lima, Perú.

El Congreso de Costa Rica, por acuerdo unánime, dispuso dirigirse al Cuerpo Legislativo de esa hermana República, para rogarle, invocando sentimiento solidaridad latina, inter-

poner sus altos oficios para evitar la anunciada sentencia de muerte contra Haya de la Torre.

Al cumplir tan noble encargo presento a V. E. la protesta de mi consideración,

Arturo Volio,

Presidente del Congreso de Costa Rica

San José, 25 de julio de 1932.

Nota.—Presentó la honrosa moción el General Jorge Volio, hombre magnánimo.

ESTUDIANTES, OBREROS Y MAESTROS QUE VIGILAN

Presidente Sanchez Cerro,
Lima, Perú.

Estudiantado costarricense protesta propósito fusilamiento Haya de la Torre, lider con-



Sobre un petate raído, amarillo de mugre desde hace mucho tiempo, infestado de chinches, yace el pequeño santito recién nacido. Ha gruñido la chancha, han graznado los zopilotes. Todos los perros han dejado de pronto de ladrar. Pareciera que el mundo se hubiese desviado de la corriente del tiempo y quedado encajado en un silencio. En ese silencio las chinches del petate se han arrodillado, humildes bestiezuelas, cada una con sus seis patitas, en derredor del santo recién nacido que el Señor nos ha enviado.

Ahora se canta:

En la tristeza más profunda
con que la noche al mundo inunda,
en miserable choza inmunda
santo nació.

Pájaros mugres lo adoraron,
delante de él se arrodillaron
las chinches y lo veneraron:
Claro se vio

que Dios Su gracia le ha infundido.—
¡Dulce varón recién nacido,
por toda madre a ti te pido,
pues me parece haber oído
los gritos que tu madre dió
hasta que al fin a ti parió!—
¡Tened la voz, que se ha dormido:
Tened la voz!

tinental. Pedimos libertad suya y de demás encarcelados políticos nombre juventud libre de Costa Rica.

LA VOZ DE LOS APRISTAS DE DESAMPARADOS

Enterados de la prisión que padece Víctor Raúl Haya de la Torre, el hombre grande de América, no podemos guardar silencio. El despotismo que se adueñó del Poder en el Perú persiguió ferozmente a Haya de la Torre por el inmenso delito de haber organizado un gran partido con fines constructivos. Puso precio a su cabeza y no cesó en la persecución hasta que vió a su víctima sumida en una prisión inmunda, sin aire, sin luz. Conocimos a Haya de la Torre cuando recorrió estos pueblos. Oímos de cerca sus prédicas y no podemos ser indiferentes a su suerte. Condenamos la barbarie peruana y pedimos ardientemente que todo aquel que ve en Haya de la Torre el guía de visión, el batallador honrado, hable y pida la libertad que hoy le ha quitado esa barbarie desatada.

Rosendo Valenciano, Alfredo Chacón, José María Rodríguez N., José T. Mora, Antonio Mora L., P. A. Pablo, Eloy Mora C., Ernesto Durán T., Ramón Quesada, José J. Bonilla H., José M. Arias M., José Luis Monge, Joaquín Mora C., Celso Gamboa M., Medardo Trejos V., Antonio Monge Cruz, Isaías Castro Cruz, Alcides Gamboa, Jesús Monge, Benjamín Fallas, Arturo Sotillo, Manuel Cruz, Basileo Monge F., Celso Porras R., Antonio Naranjo.

Desamparados, 12 de Julio de 1932.

LA VOZ DE LA UNION LIBERTADORA VENEZOLANA

Acuerdo:—El Comité Ejecutivo de la Unión Libertadora Venezolana,

CONSIDERANDO:

1.—Por cuanto la *Unión Libertadora Venezolana* y el *Apra* tienen suscrito un pacto de frente único con poderes de los Comités Ejecutivos de ambas entidades;

2.—Por cuanto de ese pacto de alianza se ha establecido una acción conjunta entre el *Apra* y la U. L. V. y se ha establecido un frente único en favor de los trabajadores manuales e intelectuales de América Latina contra el vasallaje a que nos podrían someter los instrumentos del imperialismo;

3.—Por cuanto de ese pacto entre nuestras dos entidades se deriva el compromiso de unir sus esfuerzos en la gran causa anti-

(Pasa a la página 79)

El poeta y el campesino

= Traducido de *La France Littéraire*. (Brunswick, 1897), para *Rep. Am.* =

Un joven rondaba por el bosque que separa a Sainte-Marie-aux Mines de Ribauvillé, y, aunque la noche se venía encima y apesar de la niebla cada vez más espesa, caminaba lentamente, sin importarle ni el tiempo malo, ni la hora.

Viéndolo con su traje de paño verde, sus polainas de gamo y el rifle elegante cruzado a la espalda, alguien lo hubiera tomado por un Nemrod, pero un volumen medio oculto en su mochila, traicionaba al soñador que tenía en la caza un pretexto para estar solo. En aquel mismo instante, el descuido meditativo de su marcha desmentía sus apariencias de cazador y mostraba que Arnolde de Munster menos pensaba en observar la pista de los venados que en seguir los giros caprichosos de su pensamiento fantástico.

Algunos minutos más tarde se le vino el recuerdo de su familia y de los amigos que quedaron en París. Recordaba su elegante estudio decorado cuidadosamente con grabados fantásticos, telas curiosas, estatuillas raras; las melodías alemanas que cantaba su hermana, los versos melancólicos recitados por él junto al resplandor velado de las lámparas de noche, sus largas tertulias donde cada uno traía la confidencia de sus sensaciones más íntimas, donde todos los misterios de los sentimientos se sometían a discusión uno después del otro; eran examinados, traducidos en palabras encendidas o encantadoras! ¿Por qué había abandonado aquella sociedad selecta y los placeres escogidos para venir a recluírse en un campo de Alsacia? ¿La importancia de los negocios justificaba suficientemente esta especie de deserción? ¿No habría valido más perder un poco de plata antes que la vida prosaica de la provincia? ¿Qué le sucedería a la naturaleza delicada y escogida del joven, allí, en medio de gentes tan vulgares?

Haciéndose estas preguntas y otras muchas, Arnolde de Munster seguía su marcha, sin preocuparse del camino que tomaba. Vino a sacarlo de su meditación una niebla que se volvió lluvia y comenzó a empapar su traje de caza. Quiso apurar el paso, pero mirando en torno suyo, notó que se había perdido en los senderos del bosque y en vano buscó el rumbo que debía tomar. Un primer tanteo le bastó para perderlo más. El día se concluyó, la lluvia se puso más espesa, y el joven se hundió a la ventura en los caminos desconocidos.

Ya lo arrastraba el desaliento, cuando un ruido de cascabeles llegó hasta él, al través de los árboles desnudos. Sobre un camino lateral apareció un tronco de caballos conducido por un hombre gordo, en camisa, y se dirigía hacia los senderos a que él acababa de llegar.

Arnolde se detuvo y le preguntó si estaba lejos de Sersberg.

—¡Sersberg!, repitió el carretero; me parece que no es allí donde usted dormirá esta noche.

—Perdóneme, replicó el joven.



Maternidad

Madera de Laporte

—¿Al castillo de Sersberg?, replicó su interlocutor—entonces ni en ferrocarril, señor! Hay seis buenas leguas de aquí a la reja: y en este tiempo y estos caminos, las seis valen por doce.

El joven habló. Había salido en la mañana del castillo y no pensaba alejarse tanto; pero el campesino comprendió por sus explicaciones que había seguido un falso camino desde muchas horas antes y que en la creencia de que tomaba el camino de Sersberg, había continuado al contrario. Ya era muy tarde para reparar este error; la aldea más cercana distaba una legua y Arnolde no conocía el camino; le fué preciso aceptar el hospedaje que le ofreció su nuevo compañero, cuya finca, por dicha, estaba no distante.

Ajustó, por lo tanto, su paso al del carretero y tanteó entablar conversación con él; pero Moser era poco hablantín

Dios protege a los niños

(Del francés)

Niño, no creas que Dios no piensa en ti porque eres débil y pequeño. Más pequeño es el pajarito que revolotea oculto en los zarzales, y Dios le viste y alimenta.

Dios baja a la casita de la abeja, y cuando ésta se va, él cuida sus barrilitos de miel, guardados en el hueco de un roble.

Dios protege al diminuto insecto, escondido bajo una brizna de hierba.

Dios está en todas partes: lo mismo en la choza del pobre que en el palacio del rico, y a sus ojos no vale más una estrella que el huevito de un colibrí.

Si duermes, él está junto a tu cama, y guarda tu sueño.

El vela sobre ti, como vela sobre el árbol, al que calienta con su sol y refresca con su lluvia.

A toda hora extiende su mano sobre tu cabecita para protegerte. Confía ¡oh niño! en Dios. Y serás fuerte y bueno, porque de él vienen toda fuerza y toda bondad.

Alberto Masferrer

y se mostraba del todo extraño a las sensaciones habituales del joven. Cuando éste le mostró el horizonte magnífico que se tendía ante sus ojos a la salida del bosque, y que las últimas pinceladas del sol poniente manchaban de púrpura, el campesino se contentó con hacer un mal gesto.

—¡Mal tiempo para mañana!, murmuró recogiendo en las espaldas la tela burda que le servía de capa.

—Desde aquí debe verse todo el valle, replicó Arnolde, que intentaba horadar las tinieblas que gateaban al pie de la colina.

—Sí, sí, dijo Moser, sacudiendo la cabeza; la cuesta endemoniada es muy alta por acá! He aquí una invención que no aprovecha mucho!

—¿Cuál invención?

—¿Cuál ha de ser!, las montañas.

—¿A usted le gustaría más que todo fuera planito?

—¡Vaya una pregunta!, gritó el campesino riéndose; es tanto como si se me preguntara si deseo mejor no reventar mis caballos.

—Justamente, dijo Arnolde con una ironía un poco despreciativa, ¡olvidaba los caballos! Es claro que Dios cuando crió el mundo, debía haber pensado sobre todo en eso.

—Dios, yo no sé, repuso tranquilamente el campesino; pero con seguridad los ingenieros serán culpables de olvidarlos, cuando trazan un camino. El caballo es el mejor amigo del labriego, señor... sin ofender por esto a los bueyes, que también valen.

Arnolde miró al campesino.

—¿De modo que usted en lo que le rodea no ve más que el partido que pueda sacarle?, le preguntó con seriedad; ¿el bosque, la montaña, las nubes, todo esto no dice nada, a su espíritu? ¿Jamás se ha detenido a contemplar el sol poniente o el bosque alumbrado por las estrellas, como en este momento?

—¿Yo?, gritó el campesino; ¡buena cosa! ¿Cree usted que yo hago almanaques? ¿Qué sacaré con su luz de estrellas y su sol poniente? Lo importante es ganar con que hacer las tres comidas y tener el estómago caliente... ¿Querría usted un trago de aguardiente de cereza? Este viene del otro lado del Rin.

Y tendió una botellita en canastilla a Arnolde, quien la rechazó con la mano. La grosería indudable del campesino lo arrastró de nuevo a sus pesares y desdén. ¿Eran hombres parecidos a él esos desgraciados esclavos de sólo las necesidades del trabajo, que vivían en el seno de la creación sin mirarla, y cuya alma nunca se levantaba por encima de las sensaciones más reales y más cercanas? ¿Qué era, para esta triste mitad del género humano, el mundo de poesía en el cual el joven saboreaba los más dulces placeres? ¿Llevada por el cabestro del instinto, no parecía condenada a pacer fuera del Edén cuyas puertas una privi-

(Pasa a la página 76)

Señoras, Señores:

Dice Tolstoi que la edad más perfecta, la de más seguro equilibrio, es la niñez. Afirmación amable, verdad plena de belleza y de dulzura como muy pocas. Porque todas las verdades que andan por el mundo helando la sangre en las venas, amenazando a los hombres con la regresión a la cueva, han sido y serán amasadas a base de algún desmentido a las apariencias de la ilusión, de algún desgarramiento brutal ocasionado en el velo color de rosa en que ella majamente se arrebujaba para sonreírnos.

El hambre, el abandono, los malos tratos, los malos ejemplos, la desnudez, la orfandad, las enfermedades, la miseria, en fin, no son bastantemente poderosos para arrancar al niño de su beatitud, de su inefable nirvana, de su milagroso equilibrio.

Bajo la racha helada de las calles—casi desnudo, semidescalzo, casi desfalleciente de hambre—le veréis entregarse de cuerpo entero a los juegos de su edad y convertir en juegos de su edad, en gimnasia maravillosa, su ambulatoria ocupación de vendedor de diarios y de revistas.

Los estribos de los tranvías, las traseras de los coches y de los autos, los zócalos de las fachadas y de los monumentos, las estatuas de los próceres, los postes telegráficos y telefónicos, son para él—para aquel ser todo alas, todo jocundez—lo que los árboles del bosque para los pájaros: un pentágono colosal, dentro de cuyos espacios y sobre cuyas líneas ellos — los pájaros y los niños — cumplen naturalmente la misión de la nota, la predestinación del riesgo, el apostolado de la audacia, la pragmática del regocijo, el sacerdocio irrenunciable de la alegría de vivir.

El, el niño, cualquier niño sometido a cualquier dolor, halla su minuto de felicidad, de carcajada limpia y sonora y penetrante como el piar de los canarios, inmediatamente después de sus torturas, en medio mismo de sus sollozos, bajo la densa cortina de sus lágrimas.

A él no le desentrañan, no le desnaturalizan, no lo gran entristecerle, ni los padres alcohólicos que le azotan, ni el capataz iracundo que le arranca las orejas, ni la señora cruel que le pellizca los bracitos, ni el moctón miserable que le martiriza para divertirse, ni la maestra superficial que le aparta de su lado porque no es tan hermoso como los otros, ni el maestro imbécil que le pone motes despreciativos, soeces, difamatorios, aplastantes, porque no lo encuentra despejado, inteligente y precoz, como si la precocidad no fuese una aberración y toda aberra-

El niño

= De Revista de Educación. La Plata. 1914 =



Por Enrique F. Chelo

ción no significara decadencia, degeneración!

Cuando todos gimen y lloran, él también gime y llora, y se lamenta como un angelito sometido a los melancólicos compases de una marcha fúnebre o a los estampidos del cañoneo en un campo de batalla. Pero, a través de su llanto, él

divisa a lo lejos yo no sé qué fantasma que le sonríe, qué blanca mano misteriosa que le arroja besos, qué índice imperativo que le señala el sitio preferido de sus juegos y la piedrecita que yace a sus pies, el pedazo de papel que gira en la ráfaga, la hormiga que marcha bajo su carga, la mariposa que liba su néctar, el grito de la calle, el silbato de la fábrica, el insecto que zumba, la pelusilla de cardo que vaga por los aires como una estrella sin peso y sin rumbo, buscando el sitio más azulado de los cielos donde incrustar sus resplandores por toda la eternidad.

Aquel dedo indicador parece significarle: "Las lágrimas no son vida aunque están en la vida: son paréntesis de muerte dentro de la vida. El dolor no es el amo: apenas si es un ministro de la Providencia encargada de impelernos hacia la luz. Ya fué dicho hace dos mil años: **dejad a los muertos enterrar a sus muertos.** La tristeza es la soberana de los debilitados, de los inútiles, de los cobardes, de los timoratos, de los caducos, de los paralíticos, de los tenebrosos. ¡Ea, querido niño, vete a jugar!"

Y el niño, entonces, ríe, salta, gorjea, gesticula, estalla en gritos y acrobacias — alegremente, sencillamente, celestialmente—en medio de la consternación, al son de los improperios, en el centro mismo de las borrascas de la pasión, al compás de las afirmaciones y los renegos y las filosofías disoventos de los adultos, como un ruiseñor en una selva poblada de alimañas enfurecidas, como un Daniel entre las llamas, como un chorro de agua saltando de los peñascales, como el sol, como la aurora, como el firmamento que están más arriba de las regio-

nes intermedias de la tempestad; como una lámpara de aceite perfumado distribuyendo la bendición de sus claridades sobre la intimidad abominable de las Mesalinas y los Calígulas.

El niño es flor, es luz, es pureza, es armonía siempre. Como el rosal de Francia, que perfuma toda una casa con uno solo de sus capullos, él, aunque ya descolorido y mustio por el ambiente criminal de una familia maldita, pone sus emanaciones de azucena, su pincelazo de candidez, su chasquido de beso, su rocío de fraternidad sobre las cosas y los hechos más innombrables y hace pasar una rápida iluminación, un relámpago de nobleza por el alma sucia de los más sucios, por el corazón hecho piedra de los hombres y las mujeres, que le rodean como los cardos a una verbena. Los vicios que le circundan y le perentran no matan del todo al serafín que lleva en el seno; aquel serafín está envuelto en una túnica de amianto y ungido en eternidad. Sus malas acciones—

Los dos niños

= De Ritos. Londres. 1914 =

(De Giovanni Pascoli)

I

De tarde. La pareja bulliciosa de niños retozaba alegremente en la quietud de la alameda umbrosa.

Jugaban abstraídos. De repente lanzáronse, con pasmo de los tilos, insólitas palabras, a la frente.

Se hallaron ojos nuevos; intranquilos parpadeos de cólera inflamada, y, por manos, dos garras de diez filos.

Sed de sangre brotó de su abrasada garganta, y por sus pálidas mejillas la miraron correr, atropellada.

Pero tú te presentas de puntillas, buena madre, y con voz dominadora, separas las airadas fierecillas y les ordenas: «Hacia el lecho, ahora!»

II

Las sombras los circuyen. Procesiones de fantasmas, el labio sigiloso, parecían surgir de los rincones.

Y fué de oírse el lánguido sollozo crecer bajo el imperio de algo obscuro que volaba entre el lóbrego reposo.

Volviéronse los dos con inseguro movimiento; y entrambos corazones se escucharon latir con ritmo puro.

Llega, cual sobre manto de vellones, la madre—tras la palma sonrosada, la luz—a remirar a sus leones.

Contéplalos absorta: en apretada red de abrazos, se estrechan dulcemente. Duermen ambos, el ala replegada. Y ella los besa con amor riente.

III

¡Hombres! En vuestras iras de felinos pensad en el misterio pavoroso que amaga vuestros míseros destinos;

pensad en el silencio tenebroso que sobrevive al grito delirante, y, de la guerra, al impetu furioso.

Hombres, paz! En la tierra vacilante enorme es el misterio, y sólo atina el que brinda su amor al semejante.

¡Paz, hermanos! La mano que se inclina tarde o temprano a acariciar, desame el gesto airado, la pasión dañina.*

a fin de que la calma se derrame por nuestra faz, cuando sin ser oída, se acerque, sin que nadie nos la llame, ¡la Muerte con su lámpara encendida!

Guillermo Valencia

Junio, 1912.

esas malas acciones del niño que despiertan tan amargas ideas sobre la naturaleza del hombre, en algunos psicólogos—puede decirse que son mecánicas; instinto de imitación, habilidades de bestiecita sabia, precocidad artificial provocada desde afuera, entusiasmo gimnástico, emulaciones de sportman, simulación de infames competencias, sentido artístico rudimentario, lección bien aprendida, pero jamás bien entendida. Su inocencia escandalizada, prostituída, envenenada, descarriada, hecha pedazos, hecha trizas, hecha polvo, convertida en fango nauseabundo... ¡todavía es inocencia, porque todavía es ignorancia!

Entre los harapos y los terciopelos, entre la vianda exquisita y abundosa y el pan duro y escaso, entre los rítmicos ademanes del salón y del gimnasio y las zafias gesticulaciones de una vida montaraz, entre las perversiones de la calle y las atávicas moralidades de un hogar patricio, entre los que algo saben y pretenden saberlo todo y los que no saben nada y quisieran saber menos—entre los ricos y los pobres, los hartos y los hambrientos, los sabios y los ignorantes, los malos y los buenos—se abre para la generalidad, para la casi totalidad de los proyectos de uno y otro bando, desde hace millares de siglos, un foso enorme, un precipicio insondable que el Evangelio mismo no ha logrado rellenar todavía con la montaña de su doctrina.

Pero el niño echa dentro de aquel precipicio la enormidad de su candor y lo colma hasta los bordes; pero él pasa por aquel foso sin la mínima dubitación, sin el mínimo esfuerzo, como el Divino Maestro sobre las olas del mar, como el Espíritu de Dios a lo largo del Infinito, como el ángel resplandeciente de la democracia, como un gigante colosal de la confraternidad humana, para quien no existieran ni depresiones ni elevaciones físicas o morales suficientes a determinarle en su avanzar de Júpiter, en su prolongación de rayo de luz, en su órbita de astro. Y andrajoso y mugriento como un pañuelo de batista pisoteado en la vía pública, cae en el regazo de la duquesa que le acaricia y le consuela con la misma naturalidad, con el mismo filial abandono que en el regazo de su propia madre; y envuelto en sedas y cubierto de pieles y de perfumes como un pequeño príncipe de leyenda, se arroja en brazos de la pordiosera sórdida y repugnante, si la pordiosera le sonríe, o se lanza a rodar en el polvo del pavimento, mostrándose superior a la tiranía de sus lujos—abrazado al primer desarrapado de su edad—también superior a la tiranía de sus andrajos, que le invita a la lucha, como un perrillo con otro perrillo, o dos corderos que triscan, o dos ángeles en el paraíso, o dos almas en el éter, o dos lenguas de fuego en la sombra, o los dos extremos de la humanidad—la miseria excesiva y la excesiva abundancia—que se entrelazaran y se fundieran para siempre en un intenso, inacabable, decisivo, categórico, terminante beso de amor!

El corazón del niño no se reduce a perdonar. Su corazón es más caballeresco,

más hidalgo, más evangélico todavía: su corazoncito sabe olvidar.

Nervioso, espontáneo, estallante, "mano larga", se yergue repentinamente en lo mejor de sus fraternos idilios y se lanza sobre su compañero de juegos, elástico y rápido como una fierecita sobre otra fierecita. Luchan, bregan, se golpean, se muerden y ruedan por el santo suelo reciamente apretados lo mismo que dos atletas, hasta que algún transeunte, algún vecino contemporizador, el mismo perverso que les hizo enfurecer, les separa como a dos gallos.

Y cuando sus madres, después de ruidosos altercados y apostrofaciones lapidantes, ya enronquecidas y sudorosas, aun se amenazan con los puños y se juran entre dientes un odio calabrés, sin tregua, maquiavélico, mortífero como el alma cejijunta de los Borgia que vaga, todavía, por las encrucijadas pavorosas del Vaticano, ellos, los dos rapaces, las dos pajuelas ardientes que inflamaron aquella vorágine, los dos causantes involuntarios de aquella gresca formidable, fraternalmente avenidos, hermosamente reconciliados, recíprocamente atraídos como dos electrones en el espacio—más angelicalmente que todos los ángeles, más santamente que todos los santos del santoral, más sabiamente que todos los sabios que en el mundo han sido—reanudan su interrumpida diversión como si el trágico instante que duró su reyerta, ellos y la humanidad, ellos y el sol, ellos y el universo, no hubieran sido en los tiempos nunca jamás, ni siquiera como una tentativa, ni siquiera como un esbozo, como una ilusión, como un designio lejanísimo en la mente flamígera del Creador.

El esqueleto humano es la máquina más perfecta de movimientos útiles y estéticos, y el cerebro humano es la máquina más perfecta de juicios útiles y bellos.

Todo esto es en sí mismo, por definición, en principio.

Porque las enfermedades—o adquiridas o hereditarias—entorpecen el juego libre y cadencioso de aquel artefacto maravillante de músculos y de huesos, que es el cuerpo humano; y los prejuicios dominantes, los conceptos falsos, los instintos desorbitados o absorbidos en la atmósfera social, o incrustados en el alma por la fatalidad de los atavismos, agotan, retuercen, malparan, obscurecen, enturbian aquella fuente de milagros, aquel ovario de ideales, aquel taller de bellezas, aquel centro irradiador de vida suprema—útil y agradable en los tiempos—que es el cerebro humano.

Pero el niño—un niño cualquiera de los que están en esa platea o de los que ambulan ahora mismo por los ámbitos del mundo—todavía está más cerca de la humanidad misma, de la humanidad por definición, del Adán ideal, que el mejor de nosotros, que el más sapiente de los mortales; porque la chispa de hombre mismo, de hombre símbolo, de hombre padrón con que el niño viene a la vida de relación—sin embargo de sus personales taras atávicas, históricas y familiares—aun no ha sido deformada, desequilibrada, deslucida del todo en él, por

el machacar horrendo de cuarenta, de sesenta largos años de vida en común, de vida artificial, de imbecilidad y perversidad circulantes.

Dentro de su debilidad, de su sometimiento, de su condición de extranjero recién desembarcado; dentro de la tiranía moral y física que le circunda y le vigila, lucha valerosamente—con el valor de la inconciencia—contra todo lo impuro, injusto y falso que diariamente, hora por hora, minuto por minuto, le imponen sus abuelos, sus padres, sus hermanos, sus tutores, sus amos, sus maestros y hasta el postrer viejecillo insertible como un tornillo gastado, que, al pasar tambaleante de ajeno por un grupo de rapazuelos bulliciosos, se permite gravemente amonestarlos y dictarles su decálogo como un Moisés tabernario y crapuloso.

A esta reacción de la niñez sobre las diversas moralidades de su ambiente, a estos contragolpes infantiles sobre los golpes caricaturizantes de las circunstancias, llaman generalmente algunos filósofos taciturnos—esos que no abren los labios sino para destilar odio—algunos intérpretes de Darwin, acaso interesados en científicar sus propias amoralidades, y algunos maestros encolerizados: instintos bestiales, impulsos natos de regresión hacia los salvajes sentimientos primitivos. Sin entrar a dilucidar ninguna vez si es el niño el que tiene la razón dentro de su alma pristina, o es el adulto, el proyecto, quien aquella razón tiene dentro de su psicología atormentada, enceguecida, connaturalizada con la injusticia y la sin razón; sin entrar a discutir los gárrulos pedantes esos, que ese hombre salvaje, ese ser primitivo, ese ente fabuloso, a quien, dicen ellos, sería espantable retrogradar, fué el que concibió la vida superior, fué el que trazó el plan incommovible de todas las civilizaciones habidas y por haber, con su solo instinto de lo mejor, con su sola voluntad inquebrantable de progreso; de manera que no sería tan horrible, no sería tan catastrófico hundirse algún día, siquiera por unos segundos, en el antro de sagacidad de aquel espíritu como en un baño de luz, como en una atmósfera de oxígeno, como en un mar sin fondo y sin orillas de soñaciones estupendas!...

Mirad como el niño piensa mejor, más positivamente que muchos hombres, y cómo puede ser el maestro de sus maestros, cuando sus maestros no han leído tanto como para ponerse tan estúpidos como un pavo real.

Os juro por mi honor, por los huesos hechos polvo de mis padres, que las verdades que voy a establecer me las han sugerido con sus gesticulaciones, con sus miradas, con sus monosílabos elocuentes, los niños de mi casa, todos los niños que han honrado y santificado mi casa con su augusta presencia.

Todas las familias, aun las más pobres, tienen sus pobres. Esa voz lamentosa que clama desde el portal, esa voz empapada en lágrimas que implora en nombre de Dios y llama sobre los moradores de la casa la protección de todos los santos, es un lujo barato que puede darse cual-

quiera desde los pasantes de notario hasta los Rockefeller, desde las archiduquesas hasta las costureras!...

Así es que todos los niños del mundo han podido presenciar estupefactos esa periódica, esa agria discusión casi monosilábica, entre la dueña de casa que da los desperdicios casi pétreos del pan de sus hijos y el iracundo viejo mendigo que los rechaza porque no son una moneda... ¡y el niño se ha puesto de parte del mendigo!

El ha adivinado, él ha sospechado que así como el papel moneda hace fe de las monedas mismas, las monedas mismas hacen fe de la felicidad humana, por más excéntrico, más individual, más transitorio y eventual que sea el concepto de la felicidad esa. El ha traducido, con una serenidad envidiable de pensamiento, los ademanes airados del mendigo y ha creído que es natural, que es humano, al mismo tiempo que horriblemente trágico, salir a demandar de puerta en puerta, ya decrepito y huérfano de todo amor sobre la tierra, como un perro decrepito, un pedacito siquiera de la felicidad personal, de la felicidad autónoma de que los otros gozan. Y él, con esa sagacidad primitiva que ha hecho tantas cosas, con esa sagacidad del ignorante que hizo la ciencia, del hombre de la caverna que imaginó el palacio futuro, del analfabeto que hizo el alfabeto, del salvaje de la piragua que dió comienzo al trasatlántico, ha resuelto en su sapientísima conciencia infantil, que el pan que sobra no es limosna, sino símbolo, apariencia, liturgia ceremoniosa, representación teatral, gesto hipócrita de la limosna... ¡Oh, admirable penetración de la infancia!

El niño no se acoquina, no se desespera, no se desilusiona jamás: su almita heroica vuela sobre sus propias desventuras como una blanca gaviota sobre las olas enfurecidas, como un sarcorranfo inasustable sobre los picos de la cordillera azotados por la tempestad, arropados en la nevasca.

En las frías madrugadas del invierno, cuando los cielos empalidecen a los primeros anuncios del alba, después de haber vagado la noche entera en busca del rincón propicio donde refugiarse, huyendo, tal vez, del correazo de sus genitores o de la infame dolorosa caricia de la depravación, cae rendido, pero no desesperanzado, en el cordón de la vereda, en el quicio de la puerta, en el atrio del templo, y allí se duerme lleno de blancos sueños como las mariposas en el nectario de la flor, como los profetas del Viejo Testamento en el seno de Abraham, como los santos y las vírgenes en el regazo de Dios.

Sí, allí se duerme; allí, sobre las duras piedras, plácidamente se duerme y sueña yo no sabría decir con qué proyectos, al mismo tiempo, en el preciso instante, quizá, en que rueda por la calzada sonando su bocina el auto lujoso y confortable que conduce, como a un cadáver, al banquero arruinado que sólo piensa en morir, al tahir aristocrático que ha jugado sobre su honor y no tiene otra solución que la muerte, al don Juan

Tiene Ud. Dispepsia?

Se cura fácilmente usando

SAL UVINA

en su dieta.

AGRURAS - FLATULENCIA - MAL ALIENTO - DOLORES DE CABEZA

Síntomas todos de que su digestión anda mal.

Desaparecen **RAPIDAMENTE** con el uso de la

SAL UVINA

HERMANN & ZELEDON
BOTICA FRANCESA

reblandecido que acaba de palpar la última ignominiosa realidad de su agotamiento y marcha acariciando en el bolsillo de su gabán de pieles, el pomo artístico de la pistola que ha de entregar a la espectación pública, a la murmuración de los salones, al comentario inexorable de las horizontales, el cráneo roto de un miserable sin fe, sin esperanza, sin caridad, sin energía moral, sin amplitud de horizontes, sin voluntad del bien, sin otra cosa dentro de sí mismo que la enorme imbecilidad desesperada que le obliteraba los sesos.

Sí; ningún dolor, ni físico ni moral, arranca al niño un gesto de renuncia a la felicidad de ser, a la indefinible felicidad de ser tal como se es, a la irrenunciable misión de buscar la felicidad en todos los sitios y en todos los momentos.

Postrado en su pequeño lecho—en el hospital de caridad o en el palacio de sus padres, sobre plumones de cisne o sobre puñados de paja—él, lo mismo que en la plaza, o en el jardín, o en la calle, o en la orilla del mar donde se divertía en erigir castillos de arena en las arenas de

la playa, encuentra su rinconcito, su campo de maniobras, su taller de fantasías; y en aquel lecho tristísimo y en aquella camita que tal vez será para él la última donde ha de soñar, fabrica montañas de tela con los pliegues de su cobertor, hace palomitas de papel con los envases de la farmacia, charla con las cosas, ríe con sus hermanos, juega con los cabellos de su triste madre, un instante después, un solo instante después de su congoja, de su gemido de angustia, de su vómito de sangre!

Y si ha de morir, y si ha de caer para siempre, y si ha de volar a las regiones inimaginables de lo inconocible, y si ha de abandonar esta tierra maldita donde él no hizo otra cosa que reír sobre la cresta de su propio dolor, agoniza silencioso—pero jamás iracundo y blasfemante—tan serena, tan suave, tan plácidamente como cuando se despedía de los suyos con una vaga sonrisa saluatoria para encaminarse a la escuela o al taller, todavía más apacible que una lámpara que se apaga, todavía más tranquilo que una nube que se deshace, todavía más olímpico y grandioso que un astro al reclinarse en la línea sensible del horizonte, todavía más admirable que Sócrates ante la cicuta, todavía más en silencio que Jesucristo sobre la cruz.

Almafuerte

INDICE



12 OBRAS DE C. WAGNER:

<i>Sonriendo</i>	2.75
<i>A través del prisma del tiempo</i>	3.50
<i>El alma de las cosas</i>	3.50
<i>A lo largo del camino</i>	3.50
<i>Junto al hogar</i>	3.00
<i>Lo que siempre hará falta. Por la ley a la libertad</i>	3.00
<i>Justicia</i>	3.00
<i>Valor</i>	3.00
<i>Juventud</i> . (Obra premiada por la Academia Francesa).....	3.50
<i>Hacia el corazón de América</i>	3.50
<i>Para los pequeños y para los mayores</i> . (Conversaciones sobre la vida y el modo de servirse de ella).....	3.50
<i>Cuentos</i> . Pasta.....	5.00

Solicítelos al Admor. del Rep. Am.

BANCO NACIONAL DE SEGUROS

DEPARTAMENTO DE VIDA

Tenemos el gusto de anunciar un nuevo beneficio con nuestras pólizas de seguro de vida

INDEMNIZACION DOBLE en caso de la muerte accidental del asegurado.

Es decir, EL BANCO PAGARA EL DOBLE DE LA SUMA ASEGURADA, si la muerte sobreviene a causa de un accidente. Este beneficio se concede mediante el pago, por año, de una extra prima de uno o dos colones por cada mil de seguro.

El poeta y el campesino

(Viene de la página 72)

legiada naturaleza le había abierto? Parecía que ella viviera en apariencia una vida semejante a la suya; ¡pero qué abismo entre sus almas! ¿Tendrían ellas sólo algunas inclinaciones comunes? ¿Habría algo parecido que probara su fraternidad original? Cada vez más dudaba Arnoldo. Cuando más reflexionaba, más le pareció que la poesía—flor inmaterial de todas las cosas—era el privilegio de algunas clases selectas, mientras que el montón vegetaba sin rumbo en el marco uniforme del prosaísmo.

Tales pensamientos comunicaron a sus maneras un cierto desprecio descuidado por su guía, a quien no dirigió más la palabra. Moser no manifestó ni sorpresa ni resentimiento y se puso a silbar un aire que interrumpía de cuando en cuando con las voces de aliento que dirigía a los caballos.

Así llegaron hasta la casa en donde los anunció el ruido de los cascabeles. Un muchacho y una mujer de regular edad aparecieron a un mismo tiempo en el umbral.

—¡Eh, es el padre!, gritó la mujer entrándose de nuevo hasta la cocina, en donde se oían voces de varios niños que corrieron hacia la puerta con gritos de alegría, y se prendieron a las piernas del campesino.

—¡Un momento más, muchachitos!, interrumpió el padre con voz gruesa, huyendo hacia el carro, de donde sacó una canasta cubierta; Fritz, deja desenganchar.

Pero los niños continuaban sitiando al labrador y gritaban todos a la vez. Se inclinó para abrazar al uno después del otro; en seguida, dirigiéndose al conjunto:

—¿Dónde está Juan?, preguntó con precipitación, como con inquietud.

—Aquí, papá, aquí, respondió una voz aguda que salía de la puerta de la casa; mamá no quiere que salga con esta lluvia.

—No venga, no venga, dijo Moser, que espantaba los caballos desenganchados; yo voy hacia ti, hijito; entren ustedes para que no le den ganas de salir.

Los tres niños volvieron al umbral en donde Juancito estaba de pie junto a su madre.

Era una pobre criatura tan cruelmente contrahecha que de pronto no habría podido decirse ni su edad ni qué clase de enfermedad padecía. Todo su cuerpo encorvado por la enfermedad hacía una línea tortuosa y, por decirlo así, quebrada. Su cabeza desmedida se metía entre ambas espaldas desigualmente redondeadas, en tanto que el busto lo sostenían dos muletas que reemplazaban las piernas atrofiadas, inhábiles para sostenerlo.

Al acercarse el labriego, le alargó los brazos enflaquecidos con un semblante de alegría y de amor que iluminó la cara surcada de Moser. Este lo alzó en las manos robustas, con un clamor de dicha enterneceda.

—¡Vamos, mi zorrito!, exclamó; abraza al padre... con los dos brazos... bien fuerte. ¿Cómo has pasado desde ayer?

Sacudió la cabeza la madre.

—Tosiendo siempre, dijo en voz baja.

—Papá, no es nada, replicó el niño con voz aguda; Luis me había llevado muy ligero en mi silla de ruedas; pero estoy bien, muy bien; me siento fuerte como un hombre.

Lo puso con cuidado el campesino en tierra, lo apoyó en las muletas caídas y lo miró complaciente.

—¿No hallas que crece, mujer?, dijo en un tono de voz de hombre que siente deseos de que lo animen. ¡Camina un poco, Juan; camina, muchacho! Camina más ligero y firme, eso irá bien, va bien, mujer; hay que tener paciencia.

La campesina nada respondía, pero su mirada se volvió al niño enfermo con una desesperación tan profunda que Arnoldo se conmovió; por dicha Moser no se dió cuenta de eso.

—¡Vamos!, aquí los polluelos, dijo abriendo la canasta que había sacado del carro; hay para todos. En fila y extiendan las manos.

El campesino acababa de mostrar tres panecillos blancos, dorados por la cocción: tres gritos de alegría se alzaron a la vez y seis manos se alargaron a cogerlos; pero todos se detuvieron como a una voz de mando.

—¿Y Juan?, preguntaron los niños.

—Que se vaya al diablo Juan, dijo alegremente Moser; para él nada hay esta tarde: Juan tendrá su parte otro día...

Pero sonreía el niño y trataba de levantarse y así ver en la canasta. El labrador reculó un paso, separó con cautela la tapa y alzando el brazo con aire solemne, mostró a los ojos de todos un pan dulce y prieto provisto de almendras blancas y rosadas!

Total clamor de admiración. Hasta Juan no pudo contenerse en grito de dicha; un rosa leve tiñó su semblante pálido y le tendió las manos con una expresión de avidez placentera.

—¡Ah!, exclamó el campesino, cuya cara se iluminó de placer infantil; toma, mi viejo, toma; es sólo azúcar y miel.

Le dió el pan dulce al jorobadito trémulo de dicha, lo vió marcharse y... volviéndose a Arnoldo, cuando el ruido de las muletas se perdió en la casa adentro:

—Es el hijo mayor, dijo, con ternura leve en la voz; el mal lo ha deformado un poco; pero es fino como el coral y de nosotros tan sólo depende hacerlo un gran señor.

Hablando así, había atravesado la sala y metió a su huésped en una especie de comedor cuyas paredes encaladas tenían como única decoración grabados de colores groseros. Entrando allí, Arnoldo distinguió a Juan sentado en el suelo, rodeado de sus hermanos, entre quienes repartía el pastel que le regalara su padre. Pero cada uno hallaba muy grande su

parte y reclamaba que le dieran menos; fué preciso toda la elocuencia del giboso, para obligarlos a que aceptaran las partes tal como él las daba. El joven cazador observó algún tiempo este debate con interés singular, y le manifestó la admiración del caso a la campesina, cuando los niños volvieron a salir.

—Es cierto, mire, dijo ella con una sonrisa y un suspiro, que hay horas en que se diría que les aprovecha ver las enfermedades de Juan: entre ellos difícilmente ceden, pero ninguno rehusa nada a Juan: es como un ejercicio constante de la complacencia y de la abnegación.

—Eso es ¡preciosa virtud!, interrumpió Moser: ¿quién pudiera negar algo a un inocente tan sufrido? ¡Es una tontería que un hombre lo diga, pero ese niño, óigalo bien, señor, siempre me mueve a llorar! A menudo, cuando estoy en el campo, pienso en él de repente y me digo: ¿Juan está muy malito?, o bien, ¡Juan ha muerto! y entonces me doy prisa en mi tarea, y es necesario que yo ponga un pretexto para regresar a casita y ver lo que sucede. ¡Después de todo, él sufre tanto y es tan débil! Si uno no lo ama mucho más que a los otros, sería más desgraciado.

—Sí, sí, replicó la campesina dulcemente; la pobre criatura es a un tiempo nuestra cruz y nuestra dicha; quiero mucho a mis hijos, señor; pero cuando oigo el ruido de las muletas de Juan sobre el piso, me siento presa de un estremecimiento de alegría: es una advertencia de que a la querida criatura aún no se la ha llevado el buen Dios. Me parece que Juan trae la dicha a la casa, como los nidos de las golondrinas prendidos a las ventanas; si yo no tuviera que cuidarlo, en verdad creería que nada tengo que hacer.

Arnoldo escuchaba estas ingenuas confesiones de ternura con un interés mezclado de sorpresa. La campesina llamó a una muchacha para que le ayudara a poner la mesa; e invitado por Moser, el joven se acercó a un fogón de zarzas que acababa de reavivarse.

Como él se apoyara en la campana ahumada de la chimenea, observó un marquito negro que encerraba una hoja seca. Moser lo notó.

—¡Ah! Usted mira mi reliquia, dijo riéndose; es una hoja de sauce llorón que crece allá abajo, sobre la tumba del antiguo... (el Emperador). Lo obtuve de un comerciante de Strasburgo, que había servido en la vieja (guarnición). No lo daría ni por cien escudos.

—¿Usted ha vinculado este recuerdo a ideas particulares?, preguntó el cazador.

—Ideas, no, replicó el campesino; pero yo también tuve licencia en el cuarto de húsares, un valiente regimiento, señor, que se alistó graciosamente en Montmirail! No quedaron más que ocho hombres de nuestro escuadrón: también cuando el Pequeño Caporal pasó por delante de la fila, nos saludó... sí, señor, saludó con su sombrero! ¡Caracoles! allí había gente capaz de dejarse matar hasta el fin, ¿comprende usted? ¡Ah, era el padre del soldado!

Entonces el campesino taqueó su cachimba, mirando el marco de madera negra y la hoja seca. Había evidentemente para él, en este recuerdo de un maravilloso sino, toda una novela juvenil, de emociones y pesares. Recordó las últimas luchas del Imperio, a las cuales había asistido; las revistas que pasó el Emperador, cuando aún su presencia hacía creer en la victoria. El éxito pasajero de la famosa campaña de Francia, pagada tan pronto por el desastre de Waterloo; la partida del gran vencido, y su larga agonía en la roca de Santa Elena! Todas estas imágenes se sucedían en la mente del campesino y su frente se arrugaba; el pulgar se afirmaba con más energía en la pipa llena desde rato, y silbaba entre dientes una marcha de su antiguo regimiento.

Arnoldo respetó la muda preocupación del viejo soldado, y esperó a que él mismo le dirigiera de nuevo la palabra.

La llegada de la sopa lo sacó de sus sueños; acercó una silla para su huésped y buscó lugar al otro lado de la mesa.

—¡Vamos! A tomar la sopa, gritó bruscamente; nada he comido desde la mañana, salvo una empanada con dos tragos de aguardiente de cereza; comería un buey sin mascarlo.

Al mismo tiempo, para practicar lo dicho se fué tomando la gran escudilla de caldo gordo que tenía por delante.

Durante unos minutos no se oía más que el ruido de las cucharas, seguido bien pronto por el de los cuchillos que trinchaban la pierna de cerdo ahumado, que sirvió la campesina. Con el ejercicio y el aire puro tuvo Arnoldo mismo un apetito que le hizo olvidar las delicadezas parisienses. El caldo de Moser lo halló de sabor extraño, y su vino le pareció un gran aperitivo que lo excitaba a comer más para beber más y viceversa. La comida se amenizaba más y más, cuando el campesino levantó la cabeza, como golpeado por un recuerdo repentino.

—¿Y Ferraut?, preguntó; no lo he visto desde que llegué...

La campesina y sus hijos se miraron sin responder.

—Pues bien, ¿qué es lo que pasa?, replicó Moser, marcando más su fastidio; ¿dónde está el perro? ¿Qué ha sucedido? Responde, Dorotea.

—No te enojés, papá, interrumpió Juan; no se atreverían a decírtelo; pero Ferraut salió y no ha vuelto.

—¡Con todos los diablos! ¡Es preciso avisarlo!, gritó el campesino golpeando la mesa. ¿Y qué camino cogió?

—El camino de Garennes.

—¿Cuándo?

—Después de almuerzo; lo vimos remontar el senderito.

—Ahora falta que le haya sucedido alguna cosa, dijo Moser levantándose. ¡El desgraciado animal casi no ve y a la orilla hay arenales! Búscame la piel de cabra y la linterna, mujer; es preciso que yo halle a Ferraut, vivo o muerto.

Dorotea salió sin decir palabra sobre la hora y el mal tiempo y bien pronto apareció con lo que su marido le pedía.

—¿Le debe usted algún favor muy

grande a ese perro?, preguntó Arnoldo, sorprendido de semejante empresa.

—No yo, repuso Moser, que encendía la pipa; pero él prestó un servicio al padre de Dorotea. Un día en que regresaba de Poutroye con el producto de la venta de sus bueyes, cuatro hombres quisieron matarlo para quitarle la plata y esto hubiera sucedido sin Ferraut; de este modo, cuando murió, hace dos años, el buen hombre me llamó a su lecho y me encargó que cuidara al perro como a uno de sus hijos... Estas fueron sus palabras... Prometí y sería una vergüenza que no cumpliera mi palabra con los muertos...

—¡Eh! Fritz, dame mi bastón herrado... No desearía, ¿oye usted?, por nada del mundo que le haya pasado algo a Ferraut... Es un animal que vive con la familia desde hace veinte años... que nos conoce a todos por la voz... y que recuerda al abuelo... Hasta luego, señor, y que pase buena noche.

Moser se arrolló en su piel de cabra y salió. Se oía perderse el ruido de su bastón herrado entre los rumores del viento y de la lluvia que seguía cayendo.

Después de un largo silencio, la campesina propuso al cazador que lo llevaría al albergue que le habían destinado; pero Arnoldo pidió permiso para esperar la vuelta del patrón de la casa, si esa vuelta no tardaba demasiado. Comenzaba ya a interesarle el hombre que poco antes le había parecido tan vulgar y de tan baja familia, entre la cual él supuso que se vivía una vida desprovista de valor.

Sin embargo la velada se prolongaba mucho sin que Moser apareciera. Los niños se habían dormido uno después del otro y el mismo Juan, que había resistido más tiempo, tuvo que irse a la cama. Dorotea, inquieta, iba de la cocina a la puerta de la calle y viceversa sin distinguir nada. Arnoldo trató de tranquilizarla, pero su espíritu estaba exaltado con la espera; ella inculpaba a Moser de no cuidar ni por su salud ni por su seguridad; de estar siempre listo a sacrificarse por los otros; de no resignarse con el sufrimiento de un hombre o de un animal sin exponerse a todo por aliviarlo; y a medida que multiplicaba sus quejas, que se parecían singularmente a una glorificación, sus zozobras eran más agudas; tenía mil funestos presentimientos. La víspera, el perro había aullado durante toda la noche; un buho vino a posarse en el techo de la casa; ese día era martes, día habitualmente enojoso para la familia. Sus congojas habían llegado a tal punto que el joven cazador le propuso que iría en busca de su marido; ya iba a despertar a Fritz para que lo acompañara, cuando se oyó un ruido en la oscuridad nocturna.

—¡Es Moser!, dijo la campesina, que se detuvo de pronto.

—¡Hola! ¡Eh!, abre ligero, mujer, gritó el campesino desde afuera.

Ella corrió a abrir la puerta y Moser apareció trayendo en sus brazos al viejo perro ciego.

—Hélo aquí, dijo alegremente. ¡Dios

me salve!, llegué a creer que jamás lo volvería a encontrar; el infeliz animal había rodado al fondo de la cantera grande.

—¿Y fuiste a buscarlo hasta allá?, preguntó Dorotea asustada.

—¿Querías, entonces, que lo dejara en el fondo para hallarlo mañana ahogado?, replicó el antiguo soldado. Me escurrí a lo largo del gran precipicio y lo he traído en mis brazos como a un niño; sólo que la linterna se me quedó allá.

—¡Pero, desgraciado, tú arriesgabas la vida!, exclamó Dorotea, a quien producían escalofríos las explicaciones de su marido.

Este hizo un movimiento de hombros.

—¡Bah! ¡No es nada!, dijo con una alegría descuidada; si nada se arriesga, nada se tiene; encontré a Ferraut, y esto es lo principal. Si el abuelo nos ha visto desde arriba, él estará contento.

Esta reflexión hecha así, con un acento casi indiferente, emocionó a Arnoldo, que alargó con entusiasmo la mano al campesino.

—Lo que usted ha hecho es de un intrépido corazón, dijo emocionado.

—¿Y qué hice? ¿Impedir que un perro se ahogara?, replicó Moser... ¡Válgame Dios!, perros y hombres... entre ellos, a Dios gracias, he apartado desde que nací más de un tropiezo; pero algunas veces he tenido mejor tiempo que hoy. Oye, mujer, por allí debe haber un vaso de coñac; acerca un poco la botella, que quiero calentarme; nada hay que seque mejor cuando uno está mojado.

Dorotea trajo la botella al campesino, que bebió a la salud de su huésped; después cada uno se fué a dormir.

Al día siguiente, volvió el tiempo bueno; el cielo barrido de nubes (algunas se habían vaciado en la noche) brillaba en todo su esplendor; cantaban los pájaros, sacudiendo las alas sobre los árboles aun húmedos.

Cuando bajó del granero, donde le habían preparado una cama, Arnoldo halló cerca de la puerta a Ferraut que se calentaba al sol naciente, mientras Juanito, sentado en las muletas, le alistaba algo qué comer. Más allá, en la primera pieza, el campesino bebía una copa con un mendigo que acababa de pedir la limosna semanal; Dorotea le llenaba la alforja.

—Vamos, viejo Enrique, un trago más, dijo el campesino, llenando el vaso del mendigo; para continuar la jornada es preciso que tomes valor.

—Uno lo halla aquí siempre, observó el pordiosero sonriendo; no hay muchas casas en la parroquia en que le den a uno más; pero no hay ni una en que además le den buen corazón.

—Calla, maestro Enrique, interrumpió Moser; ¿es uno quien debe hablar de esas cosas? Bebe y deja al buen Dios que juzgue las acciones de cada uno. Tú también serviste; somos viejos camaradas.

El viejo se conformó con sacudir la cabeza, y chocó su vaso con el del campesino; pero se veía que estaba más enternecido con la cordialidad que presi-

día a la limosna, que con la limosna misma.

Cuando hubo tomado su alforja y despedídose, Moser lo miró marcharse hasta que torció por el camino. Entonces respirando ruidosamente:

—¿Un pobre viejo rodando aún por las calles?, dijo volviéndose a su huésped; créame si gusta, señor, pero cuando veo hombres con la cabeza vacilante, que van así de puerta en puerta, implorando un pan, la sangre se me revuelve! Yo quisiera abrigoarlos a todos y beber con ellos a cada rato como con el maestro Enrique. Es muy hermoso decir, óigame: para que una vida semejante no te destroce los miembros, hay que pensar en que existe allá en el cielo un país en donde los que no han sido aquí llamados, por lo común recibirán doble ración y doble paga.

—¡Ah!, conserve usted esa esperanza que sostiene y consuela, dijo Arnoldo. No olvidaré nunca las pocas horas que he pasado en su casa y espero que no serán las últimas.

—Como usted guste, dijo el viejo soldado; si la cama de allá arriba no le pareció muy dura, y si usted digiere nuestro tocino ahumado, venga sin preocuparse y nosotros lo atenderemos siempre.

Sacudió la mano que le tendía el joven, le indicó el camino que debía seguir y no se apartó del umbral hasta que lo vió desaparecer en el recodo del camino.

Arnoldo marchó algún tiempo con la cabeza baja; pero, alcanzando la cumbre del collado, se volvió a mirar atrás por última vez, y, notando la chimenea de la casa, por encima de la cual se alzaba un humo leve, sintió que una lágrima de ternura se desprendía de sus ojos.

—Que Dios proteja siempre a los que moran bajo aquel techo y al que lo conserva!, murmuró a media voz; pues allí donde el orgullo me hacía ver criaturas incapaces de comprender las delicadezas del alma, he encontrado modelos para mí mismo. Juzgué la forma sobre el fondo y creí ausente la poesía, porque en vez de manifestarse en lo externo, se ocultaba en el corazón de las cosas mismas; inhábil observador, rechazaba con el pie lo que creía guijarros, sin advertir que bajo esas groseras escorias, se ocultaban diamantes.

Emilio Souvestre

Estampas

Caudillos que se deshacen y bandos organizados para la codicia y el medro

= Colaboración directa =

Para la salvación de la república ateniense pedía Aristides que a Temístocles y a él se les arrojara en una sima. Rivalizaban en el gobierno y con tal de que el uno no tomara preponderancia, el otro le contradecía y estorbaba. Atenas sufría la infecundidad de aquella emulación política. El caso de la antigüedad histórica tiene para nosotros aplicación pensando en Nicaragua. Allí se deshacen los caudillos en una persecución satánica del Poder. Los bandos están organizados para la codicia y el medro y hoy son liberales los que pueden legalizar la matanza y el libertinaje, y mañana los conservadores les arrancan la ventaja. No tienen sino que mantener honda la rivalidad, dejar perdida la verdad. Y mientras tanto Nicaragua agoniza esperando que rueden en una sima sus caudillos.

Lo terrible para nuestros pueblos es la fortaleza cavernaria del caudillaje. Tiene dos arraigos fuertes que parten uno de la masa electoral y otro del imperialismo norteamericano. El primero es superstición. El segundo es ya la influencia de un sistema político de dominio. Interesa al imperialismo tratar con el caudillo, porque éste es obediente al poder que le hace accesible el mando de un pueblo. El caso de Nicaragua es revelador. Ahora la marinería del imperialismo va a administrar y a regular elecciones y entonces se levanta la figura de Adolfo Díaz paladeando licor conservador y la de Juan Bautista Sacasa chorreando zumo liberal. Los dos vienen de Washington y han dicho al amo que debe ayudarlos, que quieren su presencia en Nicaragua, porque sin ella no hay civilización ni paz posible. Washington tendrá que decidirse por uno de los dos caudillos y como es taimado escogerá al de menor apariencia envilecida.

La anécdota del ateniense vuelve a recordarse con el gusto que traería su aplicación en Nicaragua. ¡Rodaran empujados por el pueblo enardecido y libertado de la superstición los dos caudillos que se alistan para mentir en los comicios!

Bien grande el que la República recibiría. Pero no hay virtud para ese resurgimiento. Verá Nicaragua la vergüenza de unas elecciones intervenidas. Y Adolfo Díaz y Juan Bautista Sacasa en cordial entendimiento con la marinería. De Díaz no ha esperado nadie redención para Nicaragua. Pero no hace todavía mucho que Juan Bautista Sacasa, en rebeldía contra la intervención norteamericana, formaba gobierno en la costa atlántica. Las noticias cablegráficas regadas por el mundo hicieron pensar en aquella costa apartada, y casi inaccesible, porque un nicaragüense de honor la había convertido en asiento de su gobierno libre. Al mandato de la marinería oponía ese nicaragüense la voluntad de una soberanía grande.

No quería Sacasa la humillación del invasor. Así lo decía y por su decoro despertaba admiración y se pensaba en él con entusiasmo. Pero fué todo afán de cobrar relieve, deseo bajo de ponerse precio. Pronto la marinería lo adivinó y entonces lo atrajo y lo sentó en Washington para que probara la blandura que apaga rebeldías en los nativos y los hace adictos al imperialismo. Sacasa engañó vilmente. Lo vimos cuando regresaba de la costa que mancilló con su gesto engañoso. Por esta ciudad caminó y quería decir todavía que había cobrado estatura oponiéndose a la intervención. Engañó nada más, porque muy luego se vió la capitulación, mejor dicho, se vió la mentira. Y por este Sacasa va el nicaragüense, a los comicios. Para elegir a quien no tiene ya objeción que hacer al estado de colonia en que la marinería imperialista ha colocado a un país que no quiere ceder su libertad, es que se organizan elecciones y se proclaman candidatos.

Experiencia es ésta que no deben desaprovechar nuestros pueblos. No confíen en sus falsos luchadores. Véanlos cediendo al esmeril que les aplica el conquistador. Véanlos en coloquio con el conquistador, volviendo el paso hacia el rumbo por donde llega la comodidad. Fingieron preocuparse por la redención de un pueblo. Llamaron con altivez para despertar fe. Pero luego que sintieron el peso de una gran empresa, flaquearon y volvieron vergüenza y humillación el anhelo. El imperialismo tiene todos los recursos para domesticar a los hombres que quieren defender a sus pueblos. Los conoce y los atrae. Les da mando. Los exalta como figuras de importancia y pronto encuentra que tiene en ellos auxiliares admirables. Tal el caso de Sacasa en Nicaragua. Y como Sacasa muchos más. Lo raro es encontrar el opositor con alma de sacrificio.

Pero Nicaragua lo tiene en Sandino. Pudo haber seguido el ejemplo de los que lo llevaron a la pelea por la libera-

TOOS
expectorante oriental

ción. Los vió capitular, aceptar los ofrecimientos de la marinería imperialista. ¿Por qué había que exigirle la conducta heroica? Sin embargo, rompió con la cobardía que pactaba con el conquistador de afuera y prosiguió en la lucha. Ha ennoblecido su patria. La ha hecho destacarse en el Continente. Por Sandino hay que volver el pensamiento a Nicaragua lleno de esperanza. El mal que los Díaz y los Sacasa ocasionen a ese pueblo, en su día tendrá la compensación con el advenimiento de generaciones fuertes.

Por Sandino no deben ir a los comicios los que en Nicaragua tengan fe en que tarde o temprano el imperialismo dejará la presa. Piensen los hombres de honor en que se les pone a elegir entre dos sujetos que ha amaestrado el imperialismo norteamericano. Y los ha amaestrado para el ejercicio de la esclavitud. El mando lo dará la marinería de ese imperialismo a aquel que en apariencia menos censuras despierte. Pero con cualquiera de los dos hará sus estragos. Liberales o conservadores han llegado a sentir que la marinería es su salvación y que sin ella ninguno de los dos bandos estará seguro. El odio infecundo ha podrido la dignidad de esos partidos y ya no luchan por una Nicaragua a la cual deba libertarse para ennoblecérle sus instituciones, para crearle preocupaciones hondas en bien de su economía, de su educación, de su hacienda, de su fomento, de su cultura. Luchan para tener el mando y poder así hacerle dura la existencia al opositor. En medio de esa tragedia el invasor yanqui no ejerce ninguna función grande. Alienta ambiciones. Pero sigue considerando miserable e inferior al nicaragüense. Está por sobre todo nicaragüense, porque así se lo hace sentir el descastado que lo halaga para conseguir su favor.

Pensarán que no hay nada que hacer por Nicaragua. Mas no es tierra sobre la cual tenga que caer fuego que no deje piedra sobre piedra. Necesita salvarse precipitando sobre la sima a los descastados, a los traficantes con el honor y la dignidad de la patria. Si decimos que no hay en los Díaz ni en los Sacasa redención para Nicaragua, es porque esos hombres representan un estado de espíritu. Por detrás de ellos está la masa explotada que los sigue ciegamente. De modo que acabar con Díaz y con Sacasa es empeñarse en la obra milagrosa de desbaratar gentes metidas en el redil del caudillo. Ese redil exalta figuras anónimas y luego se apega a ellas con tenacidad. Para que Nicaragua se redima es urgente entonces que encuentre de pronto organizaciones de hombres y de mujeres que le traigan problemas nuevos, que la despierten a mundos con sentido ennoblecedor. Mientras tanto, los comicios no resuelven ningún problema en Nicaragua. La farsa, repetida por las mismas unidades comidas por una corrosión que envilece.

Lo sabe el imperialismo y por esto mantiene a Nicaragua en lucha infecunda. Si quisiera, como dice el imperialismo, civilizar, habría organizado la

fuerza de esa civilización. Habría visto en Sandino al representativo de un estado nuevo de espíritu. Pero no. Sandino que es heroico tiene la condenación del imperialismo. Se le persigue para exterminarlo. Porque no debe multiplicarse la enseñanza del nicaragüense que aspira a matar al descastado y a arrojar al invasor. En tratos con los Díaz y con los Sacasa resuelve el imperialismo la seguridad de su conquista. Entiéndalo así la gente nueva de Nicaragua y espere vencer contra tanta iniquidad. No vaya a los comicios porque en ellos no hay interés en resolver problemas de orden superior. Con Sacasa y con Díaz no aparece aurora en el horizonte de esa patria avasallada.

Juan del Camino

Costa Rica y agosto de 1932.

Tablero...

(Viene de la página 71)

imperialista, luchando contra las clases que representan las actuales tiranías que oprimen a los pueblos latinoamericanos y contra su poderoso aliado el imperialismo;

4.—Por cuanto el *Apra* en nuestro pacto de unión y frente único con la *Unión Liber-*

INDICE



17 LIBRITOS QUE LE INTERESAN:

Francisco Ayala: <i>El boxeador y un ángel</i>	1.00
Margarita Nelken: <i>Tres tipos de vírgenes</i>	1.00
Elie Faure: <i>Cervantes</i>	1.25
Félix Urabayen: <i>Vida ejemplar de un clero varón de Escalona</i>	0.75
Manuel Azaña: <i>La novela de Pepita Jiménez</i>	1.00
S. Ramón y Cajal: <i>Pensamientos escogidos</i>	1.00
R. Gómez de la Serna: <i>Caprichos</i>	1.25
Mauricio Bacarisse: <i>El Paraíso desdeñado</i>	0.75
J. Moreno Villa: <i>La comedia de un tímido</i>	1.00
Dario de Regoyos: <i>La España negra de Verharen</i>	1.25
Gerardo Diego: <i>Manual de Espumas</i>	1.00
Fernando Vela: <i>El arte al cubo y otros ensayos</i>	1.25
J. Gutiérrez Solana: <i>Dos pueblos de Castilla</i>	1.00
E. Giménez Caballero: <i>Julepe de menta</i>	1.50
Maxaub: <i>Geografía</i>	0.75
Carmen Conde: <i>Brocal</i> (Poemas)	0.75
Fernando González: <i>El reloj sin horas</i> (Poemas)	1.00
Paul Rival: <i>César Borgia</i>	3.50
Antonio Robles: <i>Cuentos de las cosas de Navidad</i> (Pasta)	3.50
León Rollin: <i>El imperio de una sombra. Monroe y la América Latina</i>	3.75
Jules Renard: <i>La linterna sorda</i>	3.50
Pedro de Repide: <i>Isabel II, Reina de España</i>	3.00
Luis Pfandl: <i>Juana la Loca</i>	3.50

Solicítelo al Admor. del Rep. Am.

Lic. MANUEL J. GRILLO hijo
 (De la Universidad de Loyola, N. O., La., EE. UU.)
 Atiende toda clase de análisis médicos:
 ORINA, SANGRE, HECES, ESPUTOS,
 PUS, JUGO GÁSTRICO, Etc.
 en su LABORATORIO CLÍNICO,
 de 8 a 11 a. m. y de 1 a 5 p. m.

tadora una vez más hizo suya la causa de la libertad de Venezuela;

5.—Por cuanto el *Apra* acogió como aliada e integrante del Frente Único de Trabajadores Manuales e Intelectuales que organiza en la América Latina y condenó ayer las vergonzosas tiranías de Juan Vicente Gómez, Leguía, Machado, Ibáñez, con la misma energía e intrepidez con que hoy junto con nosotros combate el sangriento régimen del comandante Sánchez Cerro en el Perú;

6.—Por cuanto el pacto de alianza y frente único suscrito entre el *Apra* y la *Unión Libertadora Venezolana* es un sentimiento patente entre los miembros de ambas agrupaciones que persiguen un anhelo y una ideología comunes;

7.—Y por cuanto se ha tenido noticia en Costa Rica por un cable llegado a manos del Profesor García Monge, Miembro de Honor de esta Asociación, de que el gobierno de Sánchez Cerro tiene en mira someter a pena capital a nuestro aliado y camarada Haya de la Torre como el más temible y poderoso enemigo por el inmenso prestigio que para nuestra causa ha logrado conquistar en América y muy especialmente en el Perú,

ACUERDA:

1.—Protestar *urbi et orbe* contra la actitud del gobierno del Perú presidido por Sánchez Cerro en su nefasto y sangriento proyecto de someter a nuestro gran aliado a la pena capital, y condenar públicamente tan criminal proyecto;

2.—Promulgar de la manera más eficiente y activa posible este Acuerdo de la *Unión Libertadora Venezolana* y hacerlo llegar oportunamente a conocimiento del Congreso del Perú, y

3.—Ratificar en esta hora de peligro para la Agrupación *Apra* el pacto suscrito y alianza de frente único entre nuestras dos agrupaciones.

Por el Comité Ejecutivo de la U. L. V.,

J. C. Sotillo Picornell, Presidente. Rubén Iglesias, Secretario. Roberto Brenes h., Tesorero.

San José, de Costa Rica, a 26 de julio de 1932.

DEL COLEGIO DE ABOGADOS DE COSTA RICA AL COLEGIO DE ABOGADOS DE LIMA:

Fiel al principio de inviolabilidad de la vida, fundamental en los casos de acusados políticos, Colegio de Abogados de Costa Rica envía caluroso mensaje a favor de Haya de la Torre.

25 de Julio del 32.

LA VOZ DE LA ASOCIACION DE ESTUDIANTES DE DERECHO DE COSTA RICA

La Asociación de Estudiantes de Derecho respetuosamente solicitamos gracia para Haya de la Torre.

J. Alvarado Piza

PX DE2.

Panamá, 19 July, 31st 153 p. m.

Lic. García Monge, San José, C. R.

Contra prohibición gobierno realizóse mitin liberación Haya de la Torre. Confirmado enjuiciamiento Corte Marcial.

Alberto L. Rodríguez

ARM/SD.

Le poète Armand Godoy vient d'être nommé Chevalier de la Légion d'Honneur.

Del ideario de Goethe

Goethe y los hermanos Humboldt

= Citas de las *Conversaciones con Goethe* por Eckermann. En la COLECCIÓN UNIVERSAL. Espasa-Calpe, S. A. Madrid.—Selección y envío de Rafael Estrada =

Miércoles 12 de noviembre de 1825. (T. I, pág. 84).—«Fuí hacia la noche a visitar a Goethe; pero abajo me dijeron que el ministro prusiano, von Humboldt (1), estaba con él, lo cual me alegró, porque tenía la esperanza de que la visita de un antiguo amigo le produciría un efecto bienhechor».

Viernes 14 de noviembre de 1825. (T. I, pág. 86).—«Goethe me envió por la tarde un recado para que fuese a verle; me decía que Humboldt había ido a la corte, y que mi visita sería por eso tanto más agradable.

«...Es lamentable ver—dijo Goethe—cómo un hombre (Schiller) de tan extraordinaria capacidad se atormentaba con sistemas filosóficos, que de nada podían servirle. Humboldt me ha traído cartas que le había escrito Schiller en la época desgraciada de tales especulaciones. Por ellas se ve su afán de entonces de libertar completamente a la poesía sentimental de la poesía ingenua. Pero no encontraba base sobre qué asentar una poesía semejante, y esto le puso en un estado de indescriptible confusión. Como si—agregó Goethe, sonriendo—la poesía sentimental pudiera subsistir sin una base ingenua con que alimentarse».

Jueves 12 de mayo de 1825. (Página 199, T. I).—«Molière—dijo Goethe—es tan grande, que siempre que se le vuelve a leer se le renueva a uno la admiración...» «Para mí fué de la mayor importancia el que Lessing, Winckelmann y Kant fuesen más viejos que yo e influyesen en mí, los dos primeros en mi juventud, el segundo en mi edad madura. También tuvo importancia el que Schiller fuese más joven que yo y conservase la frescura del impulso juvenil cuando yo comenzaba a cansarme del mundo. También fué muy importante para mí que los hermanos Humboldt y Schlegel comenzasen a desenvolverse ante mi vista. De ello han nacido para mí innumerables ventajas».

Lunes 11 de diciembre de 1826. (T. I, página 232).—«Encontré a Goethe muy animado. Alejandro de Humboldt ha estado conmigo algunas horas esta mañana—me dijo muy complacido al entrar.—¡Qué hombre! A pesar de que le conozco hace mucho tiempo, me asombra cada día de nuevo. Puede decirse que no hay quien le iguale en conocimientos y en saber vivido. No he visto a nadie que abarque tanto como él. Cualquiera punto que se toque lo domina, y sobre cualquier asunto nos alimenta con tesoros espirituales. Parece una fuente con muchos caños; corre incesantemente, y no necesitamos más que poner debajo una vasija. Se quedará aquí unos días, y siento que los voy a aprovechar como si fuesen años».

Jueves 18 de enero de 1827. (Pág. 264, T. I).—«Goethe me había prometido para esta noche la terminación de la novela...» (2) «...Me satisface—dijo Goethe—que le guste a usted y me alegro de verme al cabo libre de un asunto que me ha preocupado durante treinta años. Schiller y Humboldt, a quienes a su tiempo comuniqué este propósito mío, me disuadieron de realizarlo, porque no podían darse cuenta de lo que había en la cosa; sólo el propio autor sabe los encantos que puede prestar a un asunto. Por eso no debe pedirse consejo a nadie cuando quiere escribirse algo».

Lunes 17 de noviembre de 1825. (T. III, pág. 33).—«Humboldt está aquí. Hoy estuve un



Alejandro de Humboldt

Por una distracción dimos en la entrega pasada el retrato de Guillermo de Humboldt. Quisimos dar entonces el de este insigne Alejandro de Humboldt, de quien nuestra América es gran deudora. Ambos fueron amigos estimados de Goethe.

momento a ver a Goethe, y me pareció que la presencia de Humboldt y su conversación habían ejercido sobre él un influjo bienhechor...»

Miércoles 21 de febrero de 1827. (T. III, pág. 121).—«A comer con Goethe. Habló mucho y con admiración de Alejandro de Humboldt, cuya obra sobre Cuba y Colombia había comenzado a leer, y cuyas opiniones sobre el proyecto de perforación del istmo de Panamá parecían interesarle especialmente.

«Humboldt—dijo Goethe,—con gran conocimiento del asunto, indica otros varios puntos, en los cuales se conseguiría quizás mejor que por Panamá lograr el fin perseguido, utilizando algunos ríos que desembocan en el golfo de Méjico. Mas todo esto queda reservado al porvenir y a un gran espíritu emprendedor. Ahora lo que es indudable es que si se lograra construir un canal que permitiese pasar del golfo de Méjico al Pacífico a todos los barcos de

cualquier carga y desplazamiento se producirían incalculables resultados para el mundo civilizado. Mucho me admiraría que los Estados Unidos dejasen pasar la ocasión de apropiarse una obra como ésta. Es de prever que ese juvenil estado americano, en su decidido impulso hacia el Oeste, llegue, en treinta o cuarenta años, a ocupar y poblar los territorios que se extienden más allá de las Montañas Rocosas. Es de prever además que en toda esta costa del Océano Pacífico, donde la Naturaleza tiene ya formados los más espaciosos y seguros puertos, vayan naciendo poco a poco importantes ciudades comerciales, que sirvan para intermediar el comercio entre la China y los Estados Unidos. En tal caso, no sólo sería deseable, sino hasta casi necesario que tanto los barcos de guerra como los mercantes, pudiesen ir de la costa occidental norteamericana a la oriental por un camino más rápido que el de la travesía pesada, larga y costosa, dando la vuelta por el Cabo Horn...»

Jueves 3 de mayo de 1825. (T. III, pág. 158).—«...Del pueblo propiamente dicho no nos viene cultura alguna, y nuestros talentos y hombres inteligentes están diseminados por toda Alemania. Uno está en Viena, otro en Berlín, el de más allá en Königsberg, otro en Bonn y otro en Dusseldorf, a distancias de cincuenta o cien millas unos de otros, de manera que el contacto personal y el cambio personal de ideas raras veces acontece. Lo que esto significa lo he sentido cuando Alejandro de Humboldt pasó por aquí y me hizo avanzar en un día en las cosas que buscaba y necesitaba saber más de lo que yo sólo hubiera conseguido en años enteros...»

Martes 11 de marzo de 1828. (T. III, pág. 217).—«...como queda dicho, no hay genio sin fuerza productiva que obre incesantemente, y no importa, por otra parte, cuál sea la actividad, arte u oficio a que uno se dedique para que la acción genial aparezca. Es diferente que el genio se muestre en la ciencia como Oken y Humboldt, o en la guerra y la administración, como Federico, Pedro el Grande y Napoleón, o que haga uno sus canciones, como Beranger; lo que importa es que la idea, la visión, la acción tengan vida y fecundidad bastante para persistir...»

Jueves 23 de octubre de 1828. (T. III, página 241).—«Goethe habló con grandes elogios de un pequeño ensayo del canciller que trataba del gran duque Carlos Augusto...» «El pequeño ensayo está realmente bien—dijo Goethe.—El material está recogido con mucho criterio y gran cuidado...» «El canciller ha enviado su trabajo a Berlín, y al cabo de algún tiempo ha recibido una hermosa carta de Alejandro de Humboldt, que no he podido leer sin conmoverme profundamente. Humboldt estuvo en relación durante mucho tiempo con el gran duque, en relación íntima, lo cual no es de extrañar, porque la naturaleza profundamente seria del gran duque estaba siempre ansiosa de saber, y Humboldt era precisamente el hombre que por la universalidad de sus conocimientos podía dar a cualquier pregunta la contestación mejor y más profunda...» «Goethe se levantó, fué a su pupitre y sacó la carta, sentándose de nuevo a la mesa conmigo. Vi que sus ojos se llenaban de lágrimas. Léala usted—me dijo—tendiéndome la carta; se levantó y empezó a pasear por la habitación mientras yo leía.

«¿Quién podría sentirse más afectado que yo por la rápida muerte del gran duque?»—escribía Humboldt. «Durante treinta años me había tratado con amable benevolencia...»

INDICE



OBRAS QUE LE CONVIENEN:

Ernest Toller: <i>Hinkemann</i> . (Tragedia). <i>Los destructores de máquinas</i> . (Drama) ..	\$ 3.25
León Trotzki: <i>La situación de Rusia</i> ..	3.50
Alexis Tolstoi: <i>El secreto de los rayos infrarrojos</i> ..	3.75
Rabindranath Tagore: <i>La religión del hombre</i> ..	3.25
E. Wiedemann y H. Ebert: <i>Prácticas de física</i> ..	14.00

Solicítelos al Admor. del Rep. Am.

Imprenta LA TRIBUNA

(1) Guillermo de Humboldt.

(2) El *Wilhelm Meister*.